



# UN MUCHACHO DE BUEN TEMPLE

Björnstjerne Björnson



*Un muchacho de buen temple*, es un delicado ejemplo de la obra de Björnsterne Björnson y es sin lugar a dudas, un fidelísimo retrato del alma noruega. Didáctico, conocedor del alma infantil y de su capacidad afectiva, nuestro autor, no duda en su elección: la novela se convierte de repente en un cuento fantástico a los ojos de un niño.

Esta habilidad y seguridad estilística distinguen esta obra de gran parte de la literatura de su época, donde la sencillez se confundió tantas veces con la pobreza creativa.

**Björnstjerne Björnson**

**Un muchacho de buen temple**

Título original: *En glad Gut*

Björnstjerne Björnson, 1860

Traducción: José Leonart

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2

## CAPÍTULO PRIMERO

Su nombre era Oeyvind. Lloró de recién nacido, pero en cuanto pudo tenerse erguido sobre el regazo de su madre reía a menudo, y al encenderse las luces por la noche reía hasta hacer retemblar la estancia, pero le era motivo de llanto el ver que no podía coger la luz.

—Este muchacho llegará a hacer cosas extraordinarias —decía su madre.

Sobre el hogar donde nació, ceñido por las flores de los guindos, se inclinaba una montaña no muy alta, en cuya cima asomaban pinos y abedules. En el desván brincaba un cabrito que Oeyvind tenía a su cuidado. Confinado allí para que no huyera, Oeyvind le subía ramas y hierba. Un buen día le vieron brincar y trepar por lo más áspero y llegar a sitios que no había alcanzado nunca. Oeyvind no había visto al cabrito cuando salió después de la cena, y en seguida pensó en la zorra. Sintió el calor recorrer todo su cuerpo, dio una ojeada, aguzó los oídos...

—¡Mi cabrito! —gritaba.

El animal respondió con sus balidos y, asomando al borde de una peña, miró abajo ladeando la cabeza.

Pero cerca del cabrito había una niña arrodillada.

—¿Es tuyo el cabrito? —preguntó al muchacho.

Oeyvind estaba allí plantado, abierta la boca, pasmados los ojos, mientras encajaba las manos en los bolsillos del pantalón.

—Y tú, ¿quién eres? —le preguntó.

—Soy Marit, la hija mimada de su madre, la perla de su padre, la alegría de la casa, nieta de Ole Nordstuen de los Brezales, y cumpliré cuatro años en otoño, dos días después de las noches del hielo...

—¡Vaya una cosa! ¿Eres tú? —exclamó el chico tomando aliento, pues no se atrevió casi a respirar mientras Marit hablaba.

—¿El cabrito es tuyo? —volvió a preguntar la pequeña.

—Ya lo creo que es mío —dijo, y miró hacia arriba.

—Me han entrado unas ganas de tener el cabrito... ¿No me lo regalarás?

—No, esto no.

La chiquilla se había echado, movía con impaciencia las piernas y miraba hacia abajo, adonde estaba Oeyvind.

—¿Me das el chivo —insistió la niña— si te doy por él una rosca?

Oeyvind era de casa humilde; sólo una vez en su vida había comido una rosca, cuando el abuelo vino de visita, y ni antes ni después había probado golosina tan rica. Levantó los ojos hacia la niña.

—Déjame ver la rosca.

Ella no se hizo de rogar. Con una gran rosca en la mano le dijo:

—Ahí la tienes —y se la echó.

—¡Ay, se ha hecho pedazos! —exclamó el muchacho, recogiendo cuidadosamente hasta los menores fragmentos, y no supo resistir a comerse el más pequeño; tan bueno era el sabor que, de pedazo en pedazo, acabó comiéndose la rosca entera.

—Ahora el cabrito es mío —dijo Marit.

Con el último bocado, el niño se quedó como pasmado, mientras la chiquilla reía satisfecha, recostada al lado del cabrito, que era blanco en la parte del pecho y de un color

pardo en lo restante de la piel.

—¿No podrías esperar un poco? —le rogó el muchacho, y empezó a latirle reciamente el corazón.

La niña reía cada vez más alto, y medio se incorporó sobre las rodillas.

—No; el cabrito es mío —dijo, echando los brazos al cuello del animal, y quitándose una liga se la ató a modo de collar.

Oeyvind la observaba. Esta vez, Marit se levantaba, dispuesta a hacer seguir al animal, vuelta la cara hacia Oeyvind. El cabrito se resistía, y la niña le agarraba la melena con una mano y tiraba con la otra de la cinta, mientras le decía con voz cariñosa:

—Ven, cabrito, te llevaré a mi casa y podrás comer en el plato que te pondrá mi madre, y en mi delantal.

Y en seguida, se echó a cantar:

*Sígueme cabrito,  
ternerita, ven,  
y el gato también.  
Acudid, polluelos...  
Venid al corral,  
y comeréis todos  
en mi delantal.  
Bajad, palomitas  
—alas de colores—:  
regalado pasto  
tendréis en mi casa,  
patio soleado.  
El verano es corto.  
¡Pasará el verano,  
llegará el otoño...!*

El muchacho había cuidado del cabrito desde su nacimiento, todo el invierno, y nunca hubiera imaginado que lo perdiera tan pronto. Y ahora, de repente, lo perdía para no verle más.

Acercábase la madre, tarareando. Venía de lavar unos cubos de madera en la rompiente del mar. Vio al niño que lloraba, sentado en el césped sobre sus piernas, y se acercó a él.

—¿Por qué lloras?

—¡Oh, mi cabrito! ¡Mi cabrito...!

—Bien, ¿y qué ha sido de él? —preguntó la madre levantando los ojos hacia el desván.

—No volverá más —replicó el niño.

—¿Y cómo ha sido, hijo? —De momento se resistía a responder—. ¿Tal vez se lo ha llevado el zorro?

—¡Quisiera Dios que hubiese sido el zorro!

—¿Has perdido el seso? —decía la madre—. ¿Qué ha sido del cabrito?

—¡Qué dolor, madre, me he dejado engañar, y lo he cambiado por una rosca!

Al decirlo, se dio cuenta de lo que significaba haber trocado el animal por una rosca; antes no lo había calculado.

—Di tú mismo lo que pensará de ti el cabrito —replicó la madre— de que te lo hayas dejado perder por una rosca.

Reflexionó el caso el muchacho y comprendió que ya no podría haber más alegría para

él en este mundo, ni aún delante de Dios, acabó pensando.

Tal fue su pena que se prometió a sí mismo no hacer nunca más nada malo: ni cortar el hilo de la rueca, ni soltar las ovejas, ni bajar solo a la orilla del agua. Se durmió allí mismo, y soñó que el cabrito había llegado al reino de los cielos. Allí estaba Dios, como lo pintan en el Catecismo, con una gran barba, y el cabrito mordiscaba las ramas de un árbol resplandeciente; pero él estaba sentado en el desván, solito, y no podía subir al cielo.

De pronto sintió en la oreja un roce húmedo, y en medio de su pesado sueño se puso en pie. Y oyó el balido del cabrito que volvía a estar allí.

—¿Conque has vuelto, mi chivo?

Dio un salto y cogió al animal por las dos piernas delanteras y se puso a bailar con él, como con un hermanito; le acarició, y se disponía a ir al encuentro de su madre, cuando oyó una voz detrás de sí, y vio a la niña sentada sobre la hierba. Lo comprendió todo y soltó el cabrito.

—¿Me lo devuelves, pues? —le preguntó.

La chica, turbada, le dijo, arrancando puñados de hierba:

—No puedo quedarme con el chivo; allá arriba espera el abuelo.

Mientras el muchacho estaba todavía con los ojos fijos en ella, se oyó una voz áspera en el camino:

—¿Acabas pronto?

Esto la despertó a su deber; se levantó, se acercó a Oeyvind, le tendió la mano infantil, carnosa, y mirando a un lado, confusa, le dijo:

—Perdóname.

Pero con estas palabras se le fue el resto de ánimo que le quedaba, y echándose cerca del cabrito rompió a llorar.

—Creo que puedes quedarte con el chivo —dijo Oeyvind.

—¡Ea, date prisa! —gritaba el abuelo arriba en el camino.

—Olvidas tu liga —le gritó Oeyvind cuando se disponía a marcharse.

Volvió ella la cabeza, miró al chivo, le miró a él, y como quien toma una decisión importante, dijo reprimiendo el llanto:

—¡Quédate con todo!

El niño corrió detrás de ella y le cogió la mano:

—Te doy las gracias de todo corazón —dijo.

—No hay por qué darme las gracias —replicó ella, y con un gran suspiro siguió su camino.

Oeyvind se sentó de nuevo sobre la hierba, y el cabrito no se apartaba de él, pero ahora no sentía tanta satisfacción como antes en poseerlo.

## CAPÍTULO II

El cabrito era más dócil que nunca, pero los ojos de Oeyvind permanecían clavados en la ladera del monte. Salió la madre de su casa y se sentó junto a él. El niño le pedía que le contara cuentos de cosas muy lejanas, porque ya no le bastaba la compañía del cabrito. Así se enteró de que en un tiempo todo tenía la facultad de la palabra: la montaña hablaba con el arroyo, y el arroyo con el río y el río con el mar, y el mar con el cielo. Pero el niño quiso saber si el cielo hablaba también con alguien. Claro que sí: el cielo hablaba con las nubes, las nubes con los árboles, los árboles con la hierba, la hierba con las moscas, y éstas con los demás animales. Y éstos hablaban a los niños, y los niños con las personas mayores. Y así continuamente, recorriendo todo el círculo de las cosas, hasta no saber el fin. Oeyvind miraba el monte, los árboles, el mar y el cielo, y nunca había visto las cosas tan verdaderamente. En este momento salía el gato de la casa, y vino a tenderse al sol.

—¿Y qué dice el gato? —preguntó a la madre.

Ésta se puso a cantar:

*¡Cómo luce el sol! El gato está echado,  
¡gato perezoso!  
Y decía el gato: «Cacé un ratoncillo,  
relamí la nata, y zampé goloso  
cuatro pescaditos del aparador.  
Me siento pesado, y aquí, hecho un ovillo,  
dormiré la siesta». ¡Así hablaba el pillo  
gato cazador!*

Salió el gallo rodeado de las gallinas.

—¿Qué dice el gallo? —preguntó Oeyvind dando palmadas.

Y la madre cantó:

*Erguido en medio de su prole  
sobre una pierna, reflexiona el gallo:  
¡El ganso se ufana, como si bailara,  
pero tiene el fallo  
y es más entendido que todos el gallo!  
«Seguidme, gallinas. Cese la algazara:  
todas al corral,  
que cae la tarde».*

Esto es lo que decía el gallo.

Sobre el alero se posaban ahora dos pajarillos gorjeando. Y Oeyvind preguntó regocijado:

—¿Qué dicen los pájaros?

*La vida sería buena, Señor,  
si no fuera tan dura la labor.*

Esto es lo que dicen los pájaros.

Y así fue enterándose de lo que hablaban todos, hasta la hormiga que se arrastraba por el

cenagal, y el gusano que roía una corteza.

Aquel mismo verano la madre le enseñó las primeras letras. Anteriormente ya había visto libros, que le hacían pensar mucho. ¿Cómo sería cuando también ellas empezaran a hablar? Las letras se le convertían en pájaros y otros animales, en todo cuanto se arrastra o vuela. Luego empezaron a juntarse, invariablemente de dos en dos; la *a* estaba quieta, y descansaba al pie de un árbol que era llamado *b*, luego venía la *c*, y hacía lo mismo. Pero al juntarse tres o cuatro dijérase que estaban enojadas entre ellas: la cosa no iba del todo bien. A medida que avanzaba iba echando en olvido lo que eran; el que le quedó más tiempo fue el recuerdo de la *a*, su preferida; se la imaginaba un corderito negro, y todos le eran amigos; pero pronto olvidó igualmente esta figura. El libro ya no contenía niñerías sino deberes.

Un día la madre entró en su cuarto, y le dijo:

—Mañana vuelven a abrir la escuela. Irás allá conmigo.

Oeyvind había oído decir que la escuela era un sitio donde jugaban los niños, y nada tenía contra los juegos. Estaba muy contento. Ya había visto el edificio, aunque no las clases, y seguía los caminos del monte que a ella conducían más ágil que su madre, deseoso de llegar. Por fin, doblaban el patio posterior. Les llegaba un murmullo terrible de voces, parecido al ruido del molino, y el muchacho preguntó a su madre qué era aquello.

—Es que los niños están leyendo —respondió la mujer; y el muchacho quedó contento, porque él también había leído de aquel modo antes de conocer bien las letras.

Al entrar en la escuela vio una multitud de muchachos sentados alrededor de una mesa, más que personas pudiera haber en la iglesia. Unos estaban sentados contra las paredes sobre las mochilas destinadas a llevar algo de comer, y otros permanecían en pequeños grupos alrededor de una tabla. El maestro, un señor con el pelo gris, estaba sentado en un taburete cerca del hogar, cargando su pipa. Cuando entró Oeyvind acompañado de su madre todos los ojos se fijaron en él, y cesó de pronto el zumbido de molino, del mismo modo que en éste cuando se cierra el agua. Todos miraban a los que acababan de entrar; saludó la madre al maestro, y éste le correspondió.

—Aquí le traigo un chiquillo deseoso de aprender a leer —dijo la madre.

—¿Cómo se llama esa miniatura? —preguntó el maestro, y metió los dedos en el fondo de su petaca para sacar tabaco.

—Oeyvind —respondió la madre—. Ya conoce las letras, y empieza a juntarlas.

—¡Mira, mira! ¡Así me gusta! Acércate, cabeza de lino. —El muchacho se le acercó, y el maestro le sentó sobre sus rodillas y le quitó la gorra— un rústico de lo más simpático — dijo, acariciándole el cabello. Oeyvind le miraba a los ojos y reía—. ¿Acaso te ríes de mí? —preguntó el maestro, frunciendo las cejas.

—¿Pues de quién? —replicó Oeyvind, soltando la risa.

Reía el maestro con él, y reía la madre; y los muchachos, comprendiendo que había llegado su vez, hicieron coro a las risas.

Tal fue el recibimiento de Oeyvind en la escuela. Cuando le tocó sentarse, todos le querían a su lado, y el muchacho, con el libro debajo del brazo y la gorra en la mano, se volvía a todos lados, indeciso.

—¿Acabaremos? —preguntó el maestro, atareado de nuevo con su pipa.

Cuando Oeyvind se volvía para mirar al maestro, se dio cuenta de que precisamente Marit, la de los varios nombres, estaba allí sentada, cerca del hogar; se había cubierto la cara con ambas manos, y le miraba disimuladamente.

—Me sentaré aquí —dijo el muchacho, cogiendo uno de los cestos para la comida que por allí se veían y se sentó a su lado.

Ella levantó un poco uno de los brazos, y le miró por debajo del codo. Así estuvieron un rato, haciéndose muecas, hasta que ella se echó a reír, y luego él, y algunos muchachos espectadores. Pero les interrumpió una voz de trueno, de tal naturaleza, empero que a cada palabra iba haciéndose más blanda.

—¡A ver si estáis quietos, duendes, bichos, tunantes...! ¡Quietos! ¡A ser buenos, monigotes de azúcar!

Era por natural así, el señor maestro. Tenía de esos arranques furiosos, y luego iba ablandándose antes que acabara su reprimenda. De pronto se restableció la calma en la clase, y hasta que el molino se puso de nuevo a moler. Cada uno leía en voz alta, entremezclándose las voces atipladas y las más rudas, que redoblaban como tambores, y cada vez más elevadas, y las medias voces, Oeyvind no se había sentido nunca tan feliz.

—¿Siempre es así? —preguntó a Marit.

—Claro que sí —respondió ella.

Al cabo de un rato tuvieron que acercarse al maestro para la lectura particular; después continuaban leyendo de nuevo.

—Ahora yo tengo también un cabrito —dijo la niña.

—¿De veras?

—Sí, pero tan bonito como el tuyo no es.

—¿Cómo no has venido más a menudo al monte?

—Mi abuelo teme que podría caerme en un precipicio.

—¡No es tan alto!

—Mi abuelo no me da el permiso.

—¡Las canciones que sabe mi madre! —le confió él.

—¡Oh!, mi abuelo sabe también muchas, puedes estar tranquilo.

—Pero no serán las mismas que sabe mi madre.

—El abuelo sabe hasta unas coplas para bailar. ¿Quieres oír la danza?

—De buena gana.

—Habrás de acercarte más, para que el maestro no las oiga.

El muchacho se acercó, y ella le dijo, cuatro, cinco veces algunos versos de una canción, hasta que él la supo de memoria; y fue lo primero que aprendió en la escuela.

*«¡Al baile!», dice el violín*

*con sus voces de danza.*

*Como ruedas veloces*

*los muchachos saltan.*

*«Basta», dice Ola.*

*Mareos le asaltan,*

*rueda por el suelo...*

*Ríen los muchachos.*

*«Arriba», dice Erick*

*y brinca, y golpea*

*con la planta el suelo*

*que todo retiembla.*

*«¡Basta!», dice Elling,*

*y en vilo le lleva,*

*y le echa a la calle:*

*¡No tanto te crezcas!*

*Otro, por el talle*

*coge a una doncella.  
«Devuélveme el beso  
que un día te diera».  
Pero la muchacha  
el beso le niega:  
levanta la mano  
y le abofetea:  
«¡Esto es lo que tengo!».*

—¡Levantaos, niños! Por ser el primer día de clase os permito salir más temprano, pero antes vamos a rezar y cantar. —La animación que esto produjo fue extraordinaria; traspasaban los bancos saltando, corrían de un lado a otro, charlaban entre ellos—. ¡Quietos, hato de diablillos, urracas de nido, potros indómitos...! Sed buenos y andad ordenadamente —peroraba el maestro.

Ya calmados, el maestro se acercó a ellos y rezó una corta plegaria, y luego cantaron; el maestro entonó el cántico con potente voz de bajo, y todos los muchachos permanecieron con las manos juntas y cantaron con él; Oeyvind era el último de la fila; cerca de Marit; también juntaron las manos, pero no acertaban a cantar.

## CAPÍTULO III

Creció Oeyvind, y llegó a ser un muchacho despierto y animoso. Era en la escuela de los más aplicados, y en casa no hallaba labor para la cual no tuviera capacidad. Y esto porque en el hogar profesaba afecto a la madre, como en la escuela al maestro; a su padre le veía apenas, porque si no había ido a la pesca estaba ocupado en su molino, al cual acudían para la molienda la gente de la mitad del distrito.

Lo que más hondamente le había impresionado en estos años era la historia del maestro de escuela, que una noche, al amor de la lumbre, le había contado su madre. Era como si esta historia recorriera sus libros, se revelara en cada palabra que decía el maestro y vagara como una sombra por la escuela en las horas silenciosas. Infundía en él docilidad y respeto, y le hacía entender más fácilmente todo lo que iba estudiando. La historia era la que sigue:

Baard era el nombre del señor maestro; tenía un hermano llamado Anders. Ambos vivían en la misma ciudad y se querían de veras; juntos se alistaron e hicieron la guerra, cabos los dos de la misma compañía. Cuando después de la guerra volvieron al hogar les miraban todos como a dos hombres cabales. Murió su padre; los bienes de éste eran de difícil repartición, de modo que se dieron palabra de que tampoco esta vez podría nada en ellos el espíritu de desunión. Todo sería sacado a subasta pública, y de lo que resultara harían, como buenos hermanos, dos partes iguales. Y se hizo conforme a lo dicho. Pero el padre había poseído un vistoso reloj de oro, como aquellas gentes no habían visto igual en su vida. Al ser puesto a subasta fueron varios los ricos del lugar que lo codiciaron, hasta que los dos hermanos entraron también como postores; desde este momento los demás renunciaron a hacer oferta. Baard creyó que su hermano le facilitaría la adquisición, y Anders esperaba lo mismo por parte de Baard; hicieron cada uno su oferta, y mirándose el uno al otro fueron subiendo el precio. Llegado a veinte táleros, Baard opinaba en su interior que su hermano no había obrado bien, pero él mismo ofreció a continuación treinta táleros; no cesó Anders de mejorar las ofertas, y Baard pensó entre sí que hacía mal en olvidar las bondades que con él había tenido, sin contar que él era el mayor. Ofreció más. Anders aumentó el precio. Entonces Baard subió de pronto a cuarenta táleros, y ya no volvió a mirar a su hermano. Sólo interrumpía el silencio de la sala la voz del subastador que repetía el precio con toda calma. Anders pensaba que si Baard tenía medios para ofrecer cuarenta, igualmente los tenía él, y que el reloj había de ser suyo. Superó la oferta, lo cual fue para Baard la mayor vergüenza que jamás hubiera caído sobre él. Con voz tenue ofreció cincuenta. Una porción de gente les rodeaba, y Anders, creyó que no podía quedar así la provocación de su hermano, y a su vez subió la oferta. Entonces Baard dijo riendo:

—Cien táleros, y con ellos mi calidad de hermano.

Dio media vuelta, y abandonó la sala. Momentos después alguien se le acercó mientras estaba ensillando el caballo que había comprado hacía poco.

—El reloj es para ti —decía el hombre—. Anders ha cedido.

Cuando Baard oyó estas palabras le asaltó algo así como un remordimiento; pensó en el hermano y no en el reloj. Ya bien cinchada la silla no se decidía a montar, puesta la mano sobre la espalda del caballo, indeciso. Salieron muchas personas de la casa, y Anders entre ellos, quien al ver a su hermano junto al caballo no acertó a concretar los pensamientos que le acosaban. Excitado todavía le gritó:

—¡Gracias por el reloj, Baard! ¡No le verás marcar la hora en que nos encontremos de

nuevo juntos!

—Ni tampoco aquélla —replicó Baard— que me vea camino de tu casa.

Con el rostro pálido montó a caballo. Desde entonces ni el uno ni el otro entraron en la casa donde habían vivido en armonía con su padre.

Poco tiempo después Anders se casó, pero Baard no fue invitado a la boda, ni se le vio en el templo. En el año siguiente al de su casamiento, fue hallada muerta detrás de la casa la única vaca que poseía, sin que nadie pudiera descubrir la causa de su muerte. Siguieron otras desdichas, y el hombre iba de capa caída; lo peor sucedió cuando, al invierno siguiente, su granero y todo lo que en él había ardió, sin que nadie sacara en claro cómo estalló el incendio.

—Ha sido alguien que me tiene ojeriza —dijo Anders; y lloró amargamente aquella noche.

Empobrecido, perdía el gusto de trabajar. Al día siguiente del incendio Baard se presentó en su choza. Anders estaba acostado, pero saltó de la cama al verle.

—¿Qué quieres en este sitio? —le preguntó, sin quitarle los ojos de encima. Y permaneció erguido, en silencio.

Baard vaciló antes de responder.

—Vengo a ofrecerte mi ayuda, Anders, ya que no te va bien.

—Me va según tus deseos, Baard. ¡Quítate de delante, o no sé si podré aguantar!

—Te equivocas, Anders; me remuerde...

—¡Sal de aquí, Baard, o que Dios se apiade de ti y de mí!

Retrocedió Baard unos pasos, y dijo con voz temblorosa:

—Si quieres el reloj, lo tendrás.

—¡Vete, Baard! —gritó el otro.

Y Baard no tuvo el valor de insistir, y salió.

Veamos lo que había pasado con Baard. No bien se enteró de las penalidades que habían caído sobre su hermano se le removió el corazón, aunque su orgullo no se doblegase. Sintió la premiosidad de acudir a la iglesia, y allí hizo buenos propósitos, pero no era capaz de ponerlos en práctica. Alguna vez llegó a las inmediaciones de la casa de su hermano, pero precisamente alguien asomaba a la puerta, o había en ella una persona forastera, y una de las veces vio a Anders que cortaba leña en el patio. Cada vez se le interponía algo. Hasta que un domingo, cercano al invierno, vio en la iglesia a Anders, que oía los divinos oficios, como él. Lo observó; estaba pálido y flaco, sus ropas eran las mismas que llevaba cuando vivían juntos, ajadas y remendadas. Durante el sermón tenía los ojos levantados a la altura del púlpito puestos en el predicador, y su semblante le pareció plácido y bondadoso. Se transportó a los años de la infancia, y se acordó de lo bueno que era su hermano. Baard se acercó aquel día a la Santa Mesa, y rogó a Dios fervorosamente por la reconciliación con su hermano, dispuesto a conseguirla, pasara lo que pasara. Este propósito le llenaba el alma mientras bebía el cáliz, y al ponerse en pie iba decidido a acercársele, a sentarse a su lado. Pero alguien se sentó antes que él cerca de su hermano, y éste no levantaba los ojos. Después del sermón, nuevos obstáculos; el concurso de fieles era numeroso y al lado de su hermano estaba la esposa, una desconocida para él. Decidió que lo mejor sería ir a su casa y hablar seriamente con él. Dio este paso al anochecer; se acercó a la puerta, y estuvo atento: la mujer hablaba de él: oyó pronunciar su nombre.

—Hoy se ha acercado a la Mesa del Señor —decía a su esposo—, y seguramente se acordaba de ti.

—En mí no pensaría —replicó Anders—. Bien le conozco; no piensa más que en sí

mismo.

Después de oídas estas palabras, Baard se dio cuenta de un largo silencio, y a pesar del fresco del anochecer sentía arder su cuerpo. La esposa de Anders se acercaba al hogar que chisporroteaba, con una olla, la dejaba sobre la lumbre... Se oyó el llanto de una criatura de pañales, y Anders se puso a mecer la cuna. De pronto la mujer insinuó:

—Creo que estáis pensando el uno en el otro y no os atrevéis a confesarlo.

—Hablemos de otras cosas —replicó Anders.

Al cabo de un rato se levantó y dio unos pasos hacia la puerta. Baard sólo tuvo tiempo de esconderse precipitadamente en el almacén, adonde se dirigió precisamente Anders para sacar un brazado de leña. Baard le veía muy bien desde su rincón; no llevaba el mismo traje que en la iglesia, sino el uniforme que había traído de la guerra. Baard tenía uno igual. Entrambos se había hecho promesa de no ponérselo nunca, y pasárselo en herencia del uno al otro. El de Anders estaba ahora maltrecho y lleno de remiendos y sobre su cuerpo de gran osamenta parecía un agregado de guiñapos. En tanto que observaba todo eso, oía Baard el tictac del reloj de oro que llevaba en el bolsillo. Anders se acercó al sitio donde había la leña de ramas, pero antes de bajarse para tomar el haz, se quedó parado, se apoyó contra un rimero de troncos, y miró al firmamento, donde las limpias estrellas parpadeaban, y con un hondo suspiro pronunció estas palabras:

—¡Sí...! ¡Sí...! ¡Dios mío, Dios mío!

A lo largo de toda su vida oiría Baard aquel suspiro. Quiso ir hacia él inmediatamente, pero el hermano tosió en aquel mismo instante, y esto bastó a detener sus pies. Anders tomó el haz de ramas, y le pasó tan cerca que las ramas le rozaron la cara dolorosamente.

Permaneció todavía unos diez minutos inmóvil en el mismo sitio, y quién sabe cuándo hubiera salido, a no ser por una sensación de frío que le hizo temblar, efecto de la violenta excitación. Cuando se disponía a salir hubo de confesarse a sí mismo que era demasiado cobarde para aquel acercamiento. Hizo otro plan. En el ángulo que acababa de dejar había un cofre que contenía cenizas; tomó de él unas ascuas que daban todavía calor, escogió un pedazo de madera seca, fue a la era, cerró detrás de sí, y cuando la madera hubo prendido, se hizo luz con la llama para hallar el clavo del que Anders solía colgar la linterna cuando le cogía el amanecer en el granero para la trilla. Colgó de aquel clavo su reloj de oro, apagó el tizón, y al salir se sentía tan ágil que andaba por la nieve con la presteza de un muchacho.

Al día siguiente se enteró de que aquella misma noche se había incendiado el granero. Probablemente unas chispas del tizón con que Baard se alumbró para colgar el reloj se había propagado a la paja.

Esta noticia hizo que al otro día no pudiera levantarse de la cama. Sentíase enfermo. Con tal fervor se puso a cantar algunos himnos de su libro, que los de la casa creyeron que había perdido el juicio. Pero salió por la noche, al claro de luna. Fue al patio de la casa de su hermano, cavó en los escombros, y encontró en efecto un grumo de oro fundido que había sido el reloj.

Con él en la mano fue aquella noche a ver a Anders, le ofreció la paz, y quiso explicarle. Pero sucedió lo que hemos narrado. Una mocita le había visto cavar en el lugar del incendio, unos muchachos que iban al baile se cruzaron con él la noche del domingo cuando se dirigía a casa de Anders, y sus mismos familiares hacían notar lo raro que les había parecido en aquel lunes. Conocida de todos la enemistad entre ambos hermanos, el tribunal cursó sus diligencias.

Pruebas, nadie pudo presentarlas, pero todas las sospechas recayeron sobre él. Ahora se haría más difícil que nunca el acercamiento entre los dos hermanos.

Anders, no vio arder el granero, había pensado en Baard, aunque a nadie lo dijo. Y ahora, al verle entrar en su casa, pálido y con un porte tan singular, pensó en seguida:

«Siente remordimiento; pero una acción tan abominable contra su propio hermano no es para perdonarla».

Más tarde se enteraba de que algunos le habían visto entrar en el corral la misma noche del incendio, y por más que en el juicio no pudo probarse nada, Anders estaba firmemente convencido de su delincuencia. Halláronse frente a frente en el interrogatorio. Baard con su buen traje, Anders con sus prendas remendadas. Al aparecer su hermano, Baard le miró con ojos suplicantes, y esto llegó al fondo del corazón de Anders.

«No quiere que diga según qué», pensó Anders.

Y, cuando le fue preguntado si sospechaba de su hermano, respondió con la voz plena y segura:

—¡No!

Pero desde aquel día se dio a beber con exceso, y pronto le fue muy mal. Peor le fue a Baard por otras causas; estaba desconocido.

Una noche se presentó a Baard una pobre mujer, y le rogó que fuera con ella. Era la mujer de su hermano; adivinando lo que le traía, se puso pálido como un muerto, vistióse, y fue detrás de ella sin pronunciar una palabra. En la ventana del cuarto de Anders se veía un débil reflejo, que desaparecía a intervalos. Ésta era su guía, pues la nieve había borrado todo rastro de camino. Al llegar, Baard percibió un olor que le oprimió. Cerca del hogar mascando carbón y con toda la cara tiznada, había un niño, que levantó los ojos y se echó a reír, mostrando unos dientes blancos. Y allí en la cama yacía Anders, vestido con prendas dispares, demacrado, alta la frente luminosa, mirando al hermano con sus ojos hundidos. Flaqueáronle las piernas a Baard, se sentó a los pies de la cama y rompió en sollozos. El enfermo le miró en silencio un buen rato. Al fin rogó a su mujer que les dejara solos, pero Baard le hizo seña de que podía quedarse, y en seguida comenzaron entre ambos hermanos las explicaciones. Recíprocamente repasaban su conducta desde el día en que se convirtieron en postores para adquirir el reloj; Baard, como conclusión, sacó el grumo de oro que llevaba siempre encima. Ahora veían claramente los dos hermanos que durante aquellos años no habían gozado de un solo día de felicidad.

Anders hablaba poco por razón de su gran debilidad. Mientras estuvo enfermo, Baard no dejó de cuidarle.

—Ahora estoy completamente sano —dijo una mañana al despertar—. Vamos a vivir desde ahora juntos, como en otros tiempos, para nunca más separarnos.

Pero aquel mismo día murió.

La viuda y el niño hallaron albergue en la casa de Baard, y desde aquel día vivieron tranquilos. Pronto se divulgó por todo el distrito lo que los dos hermanos se habían comunicado junto al lecho de muerte de uno de ellos, y Baard fue el más considerado de los hombres. Saludábanle todos como a uno que ve sonreírle la vida después de largo duelo, o como a uno que al cabo de larga ausencia vuelve al hogar. Y le fue de gran consuelo esta amabilidad que todos le dispensaban. Se mantenía fiel al Señor, y echando de menos la actividad, el viejo cabo se hizo maestro. En todo el tiempo de su ministerio, la primera idea que grababa en los niños era el amor, que predicaba con el ejemplo, de tal manera que le miraban como a un compañero a la vez que como a un padre.

Esta historia del anciano impresionó de tal modo a Oeyvind, que fue como religión y ciencia para él. El maestro se le aparecía como un ser sobrenatural, por muy áspero y gruñón que se manifestara a veces. Por esto no hubiera ni tan sólo concebido la negligencia

en uno solo de sus deberes escolares; cuando, como premio de una lección bien aprendida, el maestro le sonreía, o le acariciaba la cabeza, la satisfacción le duraba todo el día.

Una de las cosas que más impresionaba a los párvulos era cuando el señor maestro les hacía un breve discurso antes del canto, o les leía, al menos una vez por semana, algo en verso, tratando del amor al prójimo. En la primera de estas lecturas, su voz temblaba con todo y conocer la composición desde veinte o treinta años atrás. Decía así:

*Ama en Cristo a tus hermanos.*

*Aunque a veces, pecadores,*

*se desvíen del camino,*

*no les hundas en el polvo*

*con tus manos.*

*Bajo el milagro divino*

*de amor está lo que viva,*

*lo que aliente,*

*y lo estará eternamente.*

No parpadeó ni miró a sus alumnos durante el recitado. Permaneció en pie y callado por un rato, y volvió a su modo:

—¡Levantaos, duendes, y salid sin alborotar hacia casa! ¡Que no hayan de venirme con noticias desagradables a vuestro propósito, gentezuela! —Y cuando al recoger libros y mochilas cundió el rumor del enjambre, volvió a sus gritos para acallararlo—: Que mañana salgáis de vuestras casas con la primera luz, o seré yo quien vaya por vosotros y os enseñe a obedecer. Llegad a la hora convenida, mocitas y muchachos, y trabajemos como es debido.

## CAPÍTULO IV

No hay mucho que contar de los años sucesivos de la infancia de Oeyvind, hasta el de su confirmación. Aprendía por las mañanas, trabajaba mientras había luz del día, y jugaba al anochecer.

Siendo él animado y de buen temple como pocos, la juventud de la vecindad hizo punto de reunión en horas libres del sitio donde pudieran hallarse con él. De su casa partía la mole de una colina, que moría por un lado en la ensenada que ya hemos mencionado, y estaba por el otro ceñida de bosque. La juventud se reunía allí cada domingo por la tarde, si el tiempo era favorable, pues resultaba una magnífica pista para los pequeños trineos. Oeyvind ejercía funciones de dueño y anfitrión en la colina; tenía dos trineos: el «Trotón» y el «Zaguero». Cedía este último a grupos más numerosos, pero el primero lo dirigía él mismo, sentando a Marit sobre sus rodillas.

La primera diligencia de Oeyvind al despertar era observar el tiempo; si era húmedo, si veía que el matorral, allende la bahía, estaba cubierto de neblina, o bien oía gotear el agua del tejado, se vestía lentamente, como si el día no fuera bueno para nada. Pero si en su despertar dominical el frío era cortante y la atmósfera clara, se endosaba el mejor traje, no emprendía labor ninguna, asistía a los divinos oficios y al Catecismo, y una tarde y unas horas de noche libres le sonreían. ¡Con qué afición saltaría de la cama, para vestirse, como si se prendiera fuego a la casa! Casi se olvidaba de desayunar. Así que empezaba la tarde, cuando había comparecido el primer muchacho, con sus botas de nieve, haciendo voltear el bastón por encima de la cabeza y dando gritos de alegría que resonaban de ladera en ladera sobre el fiordo, y llegados también los demás para reunirse en la colina escogida para su deporte, Oeyvind, llevando su «Trotón», se daba prisa para alcanzar la cumbre, saludando entonces a todos con un prolongado clamor de júbilo, que recorría el fiordo, resonando de una en otra montaña, perdiéndose lentamente en términos lejanos.

Miraba a su alrededor por si Marit había llegado, pero no se preocupaba más en cuanto estaba allí.

Uno y otro cumplirían los dieciséis o diecisiete años en la próxima Navidad, y recibirían la Confirmación en la primavera siguiente. El cuarto día después del de Navidad se celebró gran fiesta en los Brezales, el cortijo de los abuelos de Marit; en el hogar de éstos se había educado la niña, y le tenían prometida aquella fiesta desde hacía tres años. Por fin llegaba el día, y fue Oeyvind uno de los invitados.

Era un anochecer entreclaro del invierno, y no molestaba el frío. No se veían estrellas, lo que parecía indicar lluvia para el día siguiente. Un viento suave pasaba a ras de la nieve que cubría parte de la vegetación a manchas desiguales. Donde no había nieve el camino se veía recubierto de hielo, que relucía en tonos de un negro azulado, y así hasta donde alcanzaba la vista. La nieve se acumulaba en altos montones al pie de los peñascos, y sus bordes lucían bajo el manto blanco, excepto en los sitios donde los apretados abedules daban una tonalidad oscura. No se veían los espejos del agua, y sí solamente brezales areniscos medio desnudos y charcos en copiosas manchas alternando hasta el pie de los peñascos. De las hoscas granjas desparramadas sobre la nieve en la sombra de la tarde de invierno, brotaban, ora de una ventana, ora de otra, reflejos de luz que se proyectaban en la extensión de los campos; por su movilidad estas luces daban a entender el ajetreo del interior de los hogares. La gente moza acudía de varios sitios; eran los menos los que seguían el camino trillado, y

les venía bien cualquier pretexto para apartarse de él en cuanto se acercaban al cortijo, entrando los unos por detrás de la cuadra, atravesando los otros el almacén, y algunos llegando por la parte del granero. Daban éstos unos gritos como la zorra; respondían aquéllos de lejos como gatos; a uno se le ocurrió ladrar como viejo perro de presa, con la voz cascada, y luego empezó contra él una cacería general. En numerosos grupos llegaban las muchachas; rodeábanlas ellos, sobre todo los menos crecidos, quienes haciéndose los hombres andaban a la greña para lograr su preferencia como acompañantes. Cuando una de estas bandadas femeninas llegaba al cortijo y alguno de los mozos ya mayores lo notaba, rebullíanse ellas, separábanse, corrían al vestíbulo o al jardín. Tal era la timidez de algunas que fue preciso llamar a Marit para que ella misma las acompañara al interior de la casa. No faltaba entre ellas alguna que no había sido invitada ni intentaba, por otra parte, mezclarse con los demás, y sólo venía para ver. Pero acababan siempre por aceptar siquiera un baile. Las que eran del agrado de Marit, ésta las presentaba a los abuelos que estaban en una sala: el anciano fumando sentado en una silla, y la abuela andando de un lado a otro; las obsequiaban, poníanlas en contacto con los que dirigían la fiesta. Oeyvind, que no era de estos últimos, se encontraba un poco fuera de su centro.

El mejor músico del distrito no llegó hasta más tarde, y entretanto tuvieron que contentarse con el acompañamiento de un viejo jornalero a quien llamaban Grauknut por apodo; sólo conocía cuatro danzas; dos danzas saltadas, un halling y un viejo vals, el llamado de Napoleón. El halling, al correr de los años, hubo de ponerlo a otro compás que lo convertía en chotis, y una de las dos danzas saltadas había pasado a polca-mazurca, por las mismas razones. Empezó el baile. Oeyvind no se atrevió de pronto a alternar con los que bailaban, pues casi todos ellos eran gente crecida; pero pronto se agruparon los medianos, empujándose los unos a los otros, bebieron para cobrar ánimos un vaso de cerveza fuerte, y Oeyvind se halló muy pronto en el corro de los candidatos al baile. Caldeábase la sala, y el júbilo espontáneo y la cerveza fuerte subían a la cabeza del concurso juvenil. Marit fue de las más asiduas en el baile, probablemente por ser sus abuelos los que daban la fiesta, y por el mismo motivo fue ella el blanco de las miradas de Oeyvind; pero Marit bailaba sin descanso, y él hubiera querido estar en el lugar de su pareja; por esto permaneció sentado durante uno de los bailes, decidido a presentarse a ella una vez terminado. Así lo cumplió, pero un hombrón con la tez oscura y el pelo recio, se le puso delante.

—¡Quítate de en medio, joven! —exclamó, dándole un empujón que casi le tumbó de espaldas sobre Marit.

Nunca le había sucedido una cosa así; la gente le había tratado siempre amablemente, y nadie le había llamado «joven» al disponerse a tomar parte en el baile. Se puso encendido, y se retiró de momento sin replicar hacia el sitio que ocupaba el nuevo músico que acababa de llegar y estaba afinando el violín. Callaba la concurrencia, ardiendo en la curiosidad de oír los primeros acordes enérgicos del «único». Estuvo todavía largo rato afinando, y comenzó al fin con una danza saltada. Brincaban los mozos jubilantes, mecíanse en las guirnaldas del baile con su pareja, y Oeyvind seguía con los ojos a Marit. Bailaba con el hombre de pelo recio, sonriendo por encima de su hombro, mostrando la blancura de sus dientes. Por primera vez en su vida sintió Oeyvind una espina en el corazón. No se cansaba de mirarla, y en esta contemplación se dio cuenta de que Marit era ya una muchacha crecida. «No puede ser —pensaba—, pues toma parte todavía en nuestras correrías en el trineo». Pero efectivamente, parecía mayor, y cuando el hombre del pelo áspero, terminado el baile intentó sentarla sobre sus rodillas, Marit se desasíó de él, y permaneció sentada a su lado.

Fijóse asimismo Oeyvind en el hombre; vestido de azul, con una camisa a rayas azules y un pañuelo de seda atado al cuello, tenía la cara pequeña, pero echaban fuego sus ojos azules, y era insinuante su sonrisa; en resumen, su rostro era para agradar. ¡Lo que llegaba a ver Oeyvind! Se veía igualmente a sí mismo. Por Navidad le habían regalado un pantalón gris, que le agradaba, pero ahora caía en la cuenta de que era de frisa, ordinario como la chaqueta, que además era muy usada, y con dos botones nuevos y uno desaparejado. Le pareció al dar una ojeada que eran bien pocos los que vestían tan pobremente como él.

Marit llevaba un corpiño negro y una falda de fino paño; un broche prendía el pañuelo que rodeaba su garganta, y el que llevaba en la mano era de seda, acordado con el resto. Adornaba la cabeza por detrás una linda cofia de seda negra, atada en la sobarba por anchas cintas de seda. Blanca y colorada era su tez, y reía, mientras el hombre hablaba con ella sonriente. Cuando el violín volvió a preludiar se dispusieron a entrar de nuevo en el baile. Un camarada vino a sentarse al lado de Oeyvind.

—¿Cómo es que no bailas, Oeyvind? —le preguntó, amable.

—No me siento en disposición —respondió Oeyvind—. ¡Bailar yo!

—¿Cómo es esto? —inquirió el camarada.

Sin darle tiempo a más observaciones, Oeyvind preguntó:

—¿Quién es el hombre del traje azul que baila con Marit?

—Es Jon Hatlen, el mismo que ha pasado mucho tiempo, como sabes, en la Escuela de Agricultura, y ahora va a regentar el cortijo.

En este momento Marit y Jon se sentaban, y éste preguntó:

—¿Quién es aquel joven del cabello claro que está sentado cerca del músico con la mirada fija en mí?

Marit se echó a reír, y dijo:

—Es el hijo de un asalariado de estos contornos.

Bien sabía Oeyvind que era su condición la de hijo de un colono, pero nunca como ahora había tenido conciencia del hecho. De pronto se sentía inferior a todos, muy poca cosa; probó, para apoyar su dignidad, de pensar en todo lo que hasta entonces le había infundido alegría y orgullo, en sus hazañas con el pequeño trineo allá en la colina, en máximas que había oído... Pero al llegar el turno en su imaginación al padre y a la madre que allí en la casa creían que él se sentía dichoso en aquellos momentos, pudo reprimir difícilmente las lágrimas. A su alrededor todo eran risas y escarceos, y las notas del violín sonaban con tal agudeza que le dolían los oídos, y llegó un momento en que únicamente negruras veía en su interior. Pero cruzó por su imaginación la escuela con todos los camaradas y el señor maestro, que le acariciaba la mejilla, y también la figura del párroco, que en el último examen le había regalado un libro, asegurando al padre, que recibió de ello un gran contentamiento, que era un muchacho aplicado.

«Ahora pórtate bien, Oeyvind», le parecía oír repetir al maestro, como en sus primeros años de escuela, cuando le sentaba sobre sus rodillas.

«Todo esto es de poca monta, y en el fondo los hombres son buenos; sólo parece que no lo sean. Nosotros dos llegaremos a los mismos resultados de Jon Hatlen, y nos vestiremos con buenos trajes, y bailaremos entre cientos con Marit en una sala resplandeciente entre risas y conversaciones; y llegaréis a ser una pareja de novios. Os veo en la iglesia delante del sacerdote, y yo estoy en el coro sonriéndote, y la madre en casa ruega por ti, y entras a ser dueño de un buen cortijo, con veinte vacas y tres caballos. Y Marit, buena y dócil como en la escuela, anda por la casa».

El baile llegó a su término. Oeyvind veía a Marit sentada en el banco muy cerca de Jon,

tanto que las caras casi se rozaban. Volvió a sentir en el pecho aquel dolor violento, y parecía como si una voz interior le dijera: «Es verdad, me siento mal».

En aquel mismo instante, Marit se levantaba y fue derecha a él. Se inclinó, y le dijo:

—No está bien que te quedes sentado, fijando en mí los ojos continuamente; tú mismo puedes ver cómo la gente se da cuenta de esto; elige una muchacha y baila con ella.

No respondió: se limitó a mirarla, y no pudo impedir que sus ojos se empañaran de lágrimas. Al notar lo ella, que estaba a punto de alejarse, no se movió. De pronto se puso encendida, dio media vuelta, como si fuera a ocupar de nuevo el lugar de antes, no sin volver la cabeza. Pero cambió de sitio, y Jon detrás de ella.

Oeyvind se levantó, pasó por entre la gente, atravesó el patio y fue a sentarse en una de las galerías que flanqueaban la casa. Luego le pareció que representaba allí un triste papel, y se disponía a irse, pero se dijo que para estar sentado tan bueno era aquel sitio como otro cualquiera. No tenía ganas de volver a su casa; tan pocas como de volver a entrar en la sala. Todo le era igual, no lograba representarse con claridad lo sucedido; mejor era no pensar; ni tampoco en lo que le reservaba el porvenir, porque no estaba para proyectos ni deseos.

«Pero ¿en qué estoy pensando? —se dijo a sí mismo a media voz, y al oírlo reflexionó—: Puedes todavía hablar. ¿Podrás también reír?».

Hizo la prueba. En efecto, podía, y una y otra vez escuchó su propia risa.

—Pero, por Dios, ¿de qué te ríes?

Era la voz de su camarada Juan, el que antes se le había acercado, Oeyvind callaba.

Delante de él esperaba Juan lo que sucedería. Oeyvind se levantó, miró precavidamente alrededor y dijo con la voz débil:

—Ahora voy a confiarte, Juan, por qué antes estaba tan alegre. Hasta ahora a nadie había querido tanto; desde el día que amamos de veras a alguien hemos perdido la alegría.

Y con estas palabras rompió a llorar a voces.

Alguien decía su nombre, no muy alto, en el patio:

—¡Oeyvind!

Conteniendo el llanto, aguzó el oído.

—¡Oeyvind! —volvió la voz, y esta vez más alto.

Sólo podía ser la misma en que estaba pensando.

—Aquí estoy —respondió a media voz, secándose las lágrimas.

Se adelantó. Una forma de mujer avanzaba hacia él.

—¡Eres tú!

—Sí —respondió Oeyvind, parándose.

—¿Quién está contigo?

—Mi camarada Juan.

Juan quería irse.

—¡No, no! —le rogó Oeyvind. La figura femenina se acercaba sin prisa hacia él. Era Marit.

—¡Te has marchado tan de pronto! —decía a Oeyvind.

Éste no supo qué responder. No menos turbada estaba la muchacha. Callaron los tres, y Juan se escurrió durante la pausa. Una vez solos, cara acara, inmóviles, sin mirarse, Marit susurró:

—Toda esta velada he andado con un regalito de Navidad para ti en el bolsillo Oeyvind, pero no he acertado antes el momento de dártelo.

Y sacó unas manzanas, un pedazo de torta y una botellita, que le metió en los bolsillos, diciéndole que eran para él.

Oeyvind aceptó.

—Gracias —le dijo, tendiéndole la mano.

La de Marit ardía, y como si en realidad este contacto le hubiera quemado, la soltó rápidamente.

—Has bailado con exceso.

—¡Toma! Tú, en cambio, bien poco has bailado —replicó la muchacha.

—No; tienes razón —asintió él.

—¿Y por qué no?

—Mira, ¿qué se yo...?

—¡Oeyvind!

—¿Qué quieres?

—¿Me dirás por qué me mirabas continuamente sin moverte de tu rincón?

—¡Oye...! ¡Marit!

—Veamos...

—¿Por qué te desagradaba que te estuviera mirando?

—Había tanta gente delante...

—Has bailado mucho con Jon Hatlen.

—Es verdad. Baila bien.

—¿Te parece?

—¡Ya lo creo!

—No sé, Marit, cómo esta tarde se me ha hecho tan insoportable verte bailar con él.

Como si le hubiera sido muy costoso decirle esto, huía de mirarla.

—No te comprendo, Oeyvind.

—Ni lo comprendo yo mismo; es una tontería. Adiós, Marit; es tiempo de que me vaya.

Dio un paso, sin volver la cara. Entonces ella le gritó:

—Te han engañado los ojos, Oeyvind.

Paróse el muchacho:

—No es engaño al menos que te has convertido en una muchacha crecida.

De pronto, el ascua de una pipa encendida saltó a los ojos de Marit. Era su abuelo, que pasaba junto a los dos. Se detuvo.

—¿Eres tú, Marit?

—Sí.

—¿Con quién hablas?

—Con Oeyvind.

—¿Con quién dices?

—Con mi compañero de escuela Oeyvind.

—Ah, con el hijo del aparcerero aquel; ven al momento, y acompáñame a casa.

## CAPÍTULO V

Cuando Oeyvind a la mañana siguiente abrió los ojos despertaba de un sueño largo y reparador, poblado de visiones halagüeñas. Allá en el monte, Marit echaba encima de él brazadas de fresco follaje, y él a su vez la cubría con las mismas ramas, en un ir y venir de formas y colores, bajo un sol ardiente que iluminaba el monte de arriba abajo. Ya despierto, quería rehacer las figuras del mundo de los sueños. Se acordó de lo sucedido pocas horas antes, y volvió a sentir el mismo aguijón que le laceraba el pecho.

«No podré librarme nunca más de ella», pensó, y se sintió sin fuerzas, como si le hubiera abandonado toda esperanza en el porvenir.

—Bastante has dormido —le decía su madre junto a la cama—. Levántate, y toma algo; tu padre está ya en el bosque cortando árboles.

Esta voz pareció reanimarle, y se levantó un poco aliviado. La madre se acordaba muy bien del tiempo en que ella misma hallaba su gozo en el baile; sentada junto al torno de hilar estuvo tarareando unas coplas mientras el muchacho se vestía y desayunaba. Levantóse impaciente de la mesa, y se acercó a la ventana, sin poder librarse del todo de la pesadumbre. Pero tuvo que sacudirla y pensar en la labor. Había bajado la temperatura, y la lluvia que el día antes amenazaba se había convertido en nieve. Se calzó las botas, se puso la gorra de piel, requirió la chaqueta de marinero y las manguillas, y salió con el hacha al hombro.

Caían lentamente grandes copos de nieve. Oeyvind emprendió la subida por la colina de los trineos, y dobló a la izquierda en dirección al bosque; nunca, invierno o verano, había andado por este camino sin que se acordara de algo que le alegraba, o despertaba en él una cierta nostalgia. Ahora le parecía áspero y sin vida el camino, y sentía al andar sobre la nieve húmeda una rigidez en las rodillas, sea a causa de las impresiones recibidas el día antes o por la mala gana que se había apoderado de él; se decía que habían terminado por aquel año, y tal vez para siempre, las carreras de trineos. A su paso por entre los troncos mientras caía la nieve silenciosa, anhelaba algo distinto; un pájaro de las nieves asustado dio un chillido, y voló un poco más lejos, pero todo lo demás permanecía en un estupor, como si esperase una palabra que jamás sería pronunciada. El objeto de lo que tanto ansiaba no hubiera podido precisarlo; no lo hallaría ni en su hogar ni lejos de él, no se refería ni a sus gozos ni a su trabajo; era algo como un himno que se remonta al cielo. Poco a poco adquirió la figura de un anhelo que se convertiría en una bendición al llegar la primavera. El corazón le latía al pensar en todo esto, y aun antes de que llegara a sus oídos el golpe de hacha de su padre en los árboles temblorosos, el deseo había tomado cuerpo como ningún otro desde que nació.

Como de ordinario, el padre le habló poco. Ambos cortaban leña y la amontonaban; una y otra vez en el curso de la faena, coincidían en un sitio determinado, y en uno de estos encuentros, Oeyvind, apesadumbrado, dejó caer estas palabras:

—A un asalariado le toca soportar malos tragos.

—A él como a los otros —replicó el padre, escupió en la mano y empuñó el hacha.

Una vez abatido el árbol y cortado en pedazos, mientras el padre los ponía en un montón, dijo Oeyvind:

—Si fueras dueño de una hacienda no necesitarías cansarte así detrás de la leña.

—Mira —le respondió el padre sin cesar en su faena—, entonces serían otros los

pesares.

Llegó la madre, que les traía la comida, y se sentaron en grupo. La madre estaba de buen humor, y tarareaba una canción, llevando el compás con los pies.

—¿Qué piensas emprender cuando seas más crecido? —preguntó de pronto a su hijo.

—Para el hijo de un jornalero no hay muchos caminos abiertos —replicó él.

—El señor maestro dice que tendría que ir al Seminario de maestros.

—¿Hay allí plazas dotadas? —preguntó Oeyvind.

—La caja de la escuela sale fiadora —afirmó el padre, ocupado todavía en comer.

—¿Sería de tu agrado? —preguntó la madre.

—Instruirme es lo que deseo, pero no ser maestro de escuela.

Callaron los tres por un rato; la madre volvió a tararear, mirando delante de sí. Oeyvind se levantó y fue a sentarse más lejos.

—No es tampoco preciso recurrir a la caja de la Escuela —dijo la madre cuando el muchacho se hubo alejado.

Su marido fijó en ella los ojos.

—¿Pobre gente como nosotros...? —replicó el padre.

—Me duele oírte hablar siempre como si fueras un pobre; al fin y al cabo, no hay para tanto.

Miraron disimuladamente los dos hacia donde estaba el muchacho, por si pudiera oírles. Y el padre dijo bruscamente:

—Tú charlas y te entiendes.

La madre reía.

—No tientes a Dios, que, en resumidas cuentas, no nos ha ido tan mal —replicó luego seriamente.

—Se le puede dar gracias sin que por esto nos ufanemos más de la cuenta —observó el padre.

—Entendido, pero no es dar las gracias dejar que Oeyvind se presente al baile como se presentó ayer.

—Oeyvind es el hijo de un asalariado.

—No quita para que le vistamos como es debido si tenemos los medios.

—¡Grita ahora para que nos oiga!

—Oírnos no puede, pero aunque así fuera diría lo mismo —replicó ella, sosteniendo la mirada del marido, que se había puesto serio, y dejaba la cuchara por la pipa—. Miserable terruño es el nuestro —concluyó.

—Es para reír cuando te da por hablar de la tierra. ¿No son nada los molinos?

—¡Con qué me sales! Y tampoco pareces muy contenta de oírlos moler.

—Dios me diera oírlos de día y de noche.

—Están parados desde la Navidad.

—La gente no traerá el grano al molino en el tiempo de Navidad.

—Se muele cuando hay agua; pero desde que anda el molino nuevo, de poco aprovechan los nuestros.

—No ha dicho tal el maestro.

—Confiaré mis asuntos de dinero a otro más reservado que el maestro.

—Naturalmente, no se le ocurriría hablar con tu propia mujer de estas cosas.

A esto no replicó Thore. Acababa de encender la pipa; se apoyó contra una hacina, dirigió la mirada primero a su esposa y luego al hijo, y acabó fijándola en un nido de cornejas medio deshecho, que se mecía en una rama de pino.

Oeyvind no salía de su soledad, engolfado en sus pensamientos para el porvenir, que se le ponía delante como una lisa faja de hielo, por la que había de pasar de una a otra orilla. No podía desprenderse de la idea de la pobreza que le ponía obstáculos de todos lados, pero los arrestos para vencerlos no le faltaban: ella le había separado para siempre de Marit, a quien consideraba como la prometida de Jon Hatlen. No sería sin competición; estaba dispuesto a no dejarse echar a un lado como ayer, y a mantener una actitud digna, hasta poder presentarse a ella siendo alguien. Con la ayuda del Todopoderoso esperaba conseguirlo. No cabía en su alma la menor duda de que se saldría con la suya. Tenía un vago presentimiento de que con una instrucción adecuada lograría fácilmente su propósito, y de que este presentimiento se concretaría debidamente.

Hacia la noche la pista de los trineos estaba en buenas condiciones, y los muchachos acudieron, pero Oeyvind no apareció esta vez. Estudiaba al amor de la lumbre, y no quiso perder un momento. Cansáronse los muchachos; ahora uno, ahora otro, habían ido acercándose impacientes a la casa, apretando la nariz contra los cristales, o le habían llamado. Pero él hizo como si no oyera nada. Una y otra tarde se acercaron a la casa asombrados, rondaron el corral, pero él, vuelta la espalda, proseguía la lectura, procurando profundizar en lo que leía. Supo luego que tampoco Marit se interesaba ya por el trineo. Con tal celo estudiaba, que su mismo padre no dejaba de decir que iba demasiado lejos. Su semblante había cobrado una severidad muy propia; sus facciones blandas y redondeadas se enflaquecieron, y el perfil se afinó, mientras los ojos cobraban seguridad; cantaba raras veces y no jugaba nunca; parecía como si no le bastara el tiempo. Cuando le asaltaba la tentación de volver a reunirse con sus camaradas, le parecía oír una voz que le decía: ¡Más tarde! ¡Más tarde!

Cesaron por fin las risas de los muchachos y sus correrías; al ver que no sacaban nada ni de sus gritos de júbilo en las carreras de trineos, ni llamándole por su nombre, desertaron pronto, para buscar en otro sitio el campo de sus diversiones.

Pero el maestro no tardó en notar que Oeyvind no era el mismo Oeyvind que aprendía porque no tenía más remedio, y que jugaba porque no podía concebir nada mejor. En frecuente conversación con él, intentó sacarle el porqué de su transformación, pero no lograba tan fácilmente como en otro tiempo llegar al corazón del muchacho. Se entrevistó con los padres; un domingo de invierno por la tarde, según habían acordado, se presentó en la casa. Al cabo de un rato de estar acomodado, dijo:

—Ven, Oeyvind, acompáñame; quisiera hablar contigo.

Vistióse Oeyvind, y le siguió. Andaban en dirección a los Brezales, y la conversación era animada, pero no importante el asunto. Llegados cerca del caserío, el maestro se dirigió hacia donde se oía un alegre vocerío.

—¿Qué es esto? —preguntó el maestro.

—Hay baile —respondió el muchacho.

—¿No vamos a entrar?

—No.

—¿Nunca vas al baile, muchacho?

—Todavía no.

—¿A cuándo esperas?

Como el muchacho no respondía, dijo el maestro:

—Vámonos ya, y no hablemos más.

—No, no voy con usted.

Hablaba con decisión y parecía excitado de veras.

—¡Que tu propio maestro haya de rogarte para que vayas al baile!

Hubo un largo silencio.

—¿Sería que frecuenta el baile alguien a quien tienes que ver?

—No voy a saber quién está allí.

—Pero ¿podría haber alguien?

Oeyvind callaba. El maestro se paró frente a él, le puso una mano encima del hombro, y dijo:

—¿Tienes que ver a Marit?

Oeyvind bajó los ojos; su respiración se hizo pesada y corta.

—Dímelo, Oeyvind.

Éste callaba.

—Tal vez te da vergüenza decirlo porque no has recibido aún la Confirmación; dímelo si es así, Oeyvind, que no te ha de pesar.

Oeyvind había levantado los ojos, pero no se sentía capaz de decir una palabra, y evitaba de nuevo la mirada del maestro.

—En estos últimos tiempos te he visto menos alegre. ¿Sería que ella prefiere a otro?

Oeyvind persistía en su silencio. El maestro, algo molesto, se volvió para desandar lo andado. Al cabo de un rato, cuando Oeyvind volvía a estar a su lado, aclaró:

—Comprendo que desees la bendición del confirmado.

—Sí.

—¿Y qué piensas emprender luego?

—Quisiera frecuentar el Seminario.

—¿Y luego prepararte para maestro?

—No.

—¿Te parece una profesión de menor importancia?

Oeyvind callaba. Al cabo de otro rato de andar, el maestro volvió a la suya:

—¿Y qué piensas emprender cuando hayas terminado en el Seminario?

—En esto no he pensado formalmente.

—Si dispusieras de dinero, ¿te gustaría comprar un cortijo?

—Sí, pero no abandonaría por esto los molinos.

—Entonces, sería mejor que asistieras a una Escuela de Agricultura.

—¿Se aprende tanto como en el Seminario?

—No diré tanto, pero los alumnos aprenden allí lo que luego necesitan en su esfera de acción.

—¿Y tienen también sus certificados?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque deseo distinguirme.

—También puedes hacerlo sin certificados.

Prosiguieron el camino en una nueva pausa, hasta que vieron la casa de Oeyvind; la luz de la lámpara irradiaba en la noche de invierno, la masa del monte se levantaba oscura detrás de ella, y el fiordo yacía allá abajo con la pulida brillantez del hielo; el bosque sin nieve ceñía la orilla de la tranquila bahía, y la luna, derramando su esplendor, hacía que el bosque se viera reproducido en el hielo como en un espejo.

—Bella situación la de vuestra casa —exclamó el maestro.

Algunas veces Oeyvind veía el sitio con los mismos ojos que antaño cuando su madre le contaba cuentos, o con la mirada serena que lucía en sus ojos cuando jugaba en el monte. Ahora tenía uno de esos momentos. Todo adquiría una belleza, una distinción...

—Sí, es hermoso —dijo. Respiró hondamente.

—Tu padre ha tenido aquí su subsistencia —dijo el maestro—, y también tú podrías tenerla.

De pronto, el amable aspecto del sitio desapareció a los ojos de Oeyvind. Como esperando una respuesta, el maestro se había parado, y no obteniéndola movió la cabeza y entró con el muchacho en la casa. Estuvo un rato con los padres, pero callaron más que hablaron, todos contagiados de aquella desgana de hablar. Al despedirse, los padres le acompañaron hasta el umbral, y parecían esperar que dijera algo más. Afuera se quedaron un rato parados mirando el firmamento.

—Desde que los muchachos se han buscado otro sitio para los juegos, ¡hay un silencio tan raro! —dijo por fin la madre.

—Tampoco tenéis ya un niño en casa —replicó el maestro.

La madre comprendió muy bien el sentido.

—Oeyvind ha perdido la alegría en los últimos tiempos —observó.

—Yo diría: ¡un ambicioso nunca está alegre!

Y el maestro miraba al callado cielo divino con el reposo del anciano.

## CAPÍTULO VI

Medio año más tarde, en el otoño —porque la Confirmación se había aplazado—, los que iban a recibir la bendición estaban en una sala de la casa parroquial para enterarse de la orden de la ceremonia. Estaban entre ellos Oeyvind y Marit de los Brezales. Marit acababa de bajar de la habitación del párroco, de quien había recibido un hermoso libro, a más de los elogios. Risueña, platicaba de un lado a otro con las amigas, y no rehuía a los muchachos. Se había convertido en una mocita del todo crecida, de una gran soltura en todo su porte, y los de su edad, muchachos y muchachas, sabían que la pretendía el joven más bien dotado de la parroquia, Jon Hatlen. Sus motivos tenía para estar contenta. Abajo en el soportal, había algunos no afortunados en el examen, y éstos lloraban, mientras Marit y sus amigas reían. Uno había entre ellos, un chico calzado con las botas de su padre y con el pañuelo de las fiestas de su madre atado al cuello.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —sollozaba—. ¡No me atrevo a volver a casa!

Esto despertaba la compasión de los no llamados todavía para el examen a la habitación del párroco, entre los cuales se hizo general silencio. Se les leía en los ojos el miedo, se les turbaba la vista, y ni tragar podían la saliva. Uno de ellos echaba cálculos de lo que sabía, y siendo así que pocas horas antes concluyó que podía responder a todo, ahora resultaba que no se acordaba de nada, ni de un párrafo siquiera. Otro hacía repaso de los pecados de que tenía memoria desde el primer momento de su vida, y no hubiera juzgado raro que Nuestro Señor le privara de recibir la bendición. Un tercero, sentado en un rincón, buscaba señales en todo: si el reloj de pared que iba a dar las doce del día empezaba a sonar antes que él hubiera contado hasta veinte, saldría bien del examen; si la gran gota de lluvia que resbalaba lentamente por el cristal llegaba al marco de la ventana, o si el muchacho cuyos pasos se oían era Lars, haría un buen examen. La última prueba, la decisiva, vería si lograba enlazar el pie derecho en torno del izquierdo; y le resultó imposible. Aquel otro estaba totalmente de acuerdo consigo mismo en que saldría airoso con tal de que el párroco le preguntara de la Historia bíblica desde después de José, y del Catecismo desde después del Bautismo o después de Jesús, o de los Mandamientos, o... Le llamaron antes que llegara a calcular todo su activo de conocimientos. Otro se había dedicado con preferencia al Sermón de la Montaña, porque había soñado con él; tenía el convencimiento de que le preguntarían sobre éste, y murmuraba para sí de cabo a rabo el Sermón de la Montaña. Salió, y cerca de la puerta posterior del edificio se sentó para leer una vez más el tal Sermón, pero no había tenido tiempo de empezar cuando le llamaron. Y la pregunta fue sobre los grandes Profetas y los menores. Otro pensaba en el párroco, tan buen señor, y tan conocido de su padre, y pensaba también en el maestro, de semblante tan amable, y en Dios que era misericordioso y había socorrido a tantos, como a Jacob y a José; y luego pensaba también en su madre y sus hermanas que allá en la casa estaban rezando por él, lo cual sin duda le ayudaría. Otro, allí sentado, no podía menos de rebajar algo de las ambiciones de hacer gran papel en la vida. Una vez se había propuesto no descansar hasta ser rey, otra vez aspiraba a ser al menos general o sacerdote. Parecía un sueño. Todavía por el camino de su casa a la parroquia había pensado en lanzarse a la vida del mar: ser capitán de barco, o quién sabe si pirata, ganando con ello fabulosas riquezas; pero ya dudaba de lo de las riquezas, y desistía de ser pirata, y luego de ser capitán de navío, y luego de ser piloto. Ya se contentaría con ser marinero, con remar en una lancha, y aún podría ser que no se hiciera a la mar sino que

se quedara en la hacienda para ayudar a su padre. Otro estaba más convencido, si no más seguro de sus conocimientos, porque seguro no estaba ni el más aplicado. Éste pensaba en el traje nuevo que se pondría para la ceremonia. ¿Y para qué serviría si no salía bien del examen? Si salía bien iría él mismo a la ciudad a elegir el traje de buen paño que luciría por la Navidad, despertando la envidia de todos los muchachos y siendo la admiración de ellas. Otro echaba otros planes. Presentaba a Nuestro Señor uno como libro de Debe y Haber; en una página: «Ha de hacer que salga bien del examen», y en la página de su crédito: «Y me comprometo a no mentir nunca más, ni a chismorrear; a no faltar a las ceremonias de la iglesia, a dejar en paz a las muchachas y a quitarme el vicio de blasfemar». Otro pensaba entretanto que si Ole Hansen había tenido éxito el año anterior, sería más que injusto que él, con mejor comportamiento en la escuela, y de mejor familia, no saliera airoso este año. Cerca de éste se sentaba uno que maquinaba los más terribles planes de venganza si le suspendían. Su plan era o pegar fuego a la escuela o escaparse, y más tarde levantarse como juez inflexible contra el párroco y la Administración de la escuela en peso, si bien finalmente, en un rasgo de hidalguía, pensaba ceder a la gracia el lugar de la justicia. Para empezar estaba decidido a entrar al servicio del cura de la parroquia vecina, y allí tener el primer sitio en la Confirmación del otro año, respondiendo así de modo que a todos sorprendiera. Otro, en cambio, solitario, abstraído de todos con las manos en los bolsillos, junto a la cuerda de la campana, llevaba retratada en los ojos la melancolía. Alguien había que estaba en el secreto: su prometida. Una araña grande con largas patas se arrastraba rodeando uno de sus pies; en cualquiera otra ocasión hubiera puesto la planta sobre el repugnante insecto, pero hoy levantaba el pie para dejarle paso libre. La voz de este muchacho era persuasiva como la de un piadoso ministro, sus ojos decían incesantemente que los hombres eran buenos: con gesto humilde sacó la mano del bolsillo, y la llevó a la cabeza para alisar el pelo lustroso. Si lograba atravesar felizmente la difícil situación, una vez al otro lado saldría adelante, volvería a mascar tabaco; y haría público su noviazgo. Pero otro de los muchachos, sentado en un escabel, cruzadas las piernas, estaba inquieto; sus ojillos chispeantes recorrían la habitación tres veces por segundo, y en la cabeza poblada de pelo recio y rebelde andaban revueltas las ideas de todos los otros en abigarrado desorden, desde la más franca esperanza a la duda más amarga y de los más dóciles propósitos a los más disolventes planes de venganza.

Oeyvind estaba sentado junto a la ventana; había pasado ya por el examen en el piso alto, y respondido a todas las preguntas, pero ni el párroco ni el maestro soltaron prenda. Durante medio año se había preguntado el muchacho qué es lo que dirían ambos al convencerse del éxito de sus estudios, y ahora la decepción y el resentimiento se mezclaban en él. Allí estaba Marit, que con esfuerzo mucho menor y más escasos conocimientos se hacía acreedora a la vez que a la recompensa a unas palabras alentadoras. Precisamente él había trabajado para realizarse a sus ojos, y he aquí que ella, como jugando, alcanzaba lo que a él le costó tantas renunciaciones y abnegación; su risa, sus agudezas le herían el alma, le contrariaba la soltura de sus movimientos. Desde aquella noche se había abstenido de hablar con ella, y así pasarían años, según sus propósitos; pero al ver con qué alegría, con qué superioridad se manifestaba, se sentía derrotado y todos sus orgullosos propósitos se convertían en hojarasca.

Poco a poco probó a desechar de sí aquella impresión. Se trataba de saber si tendría el primer sitio o no en la prueba de aquel día, y por esto esperaba. El maestro acostumbraba prolongar la entrevista con el párroco, para fijar la lista de los aptos a la Confirmación, la cual bajaba a comunicar a los candidatos; no era ésta la decisión final, pero sí el dato sobre

el cual decidía el párroco. Abajo, la charla se animaba a medida que la prueba se acercaba a su término. Juntábanse los afortunados para ir a comunicar el resultado a los padres, o esperaban a los que no habían terminado. Los otros estaban cada vez más silenciosos y miraban en plena tensión hacia la puerta.

Terminado el examen bajaron los últimos, y el maestro y el cura conferenciaron un rato. Oeyvind miraba a Marit; parecía alegre como tantas veces, y permanecía allí no sabía si por interés propio o por interés hacia alguien. ¡Qué hermosa se había hecho Marit! En ninguna otra había visto la piel de un blanco tan deslumbrador, tan fina; la nariz ligeramente arremangada, la boca iluminada por una sonrisa. Cuando no miraba a nadie en particular los ojos medio se cerraban, pero cuando los abría del todo, tenían una fuerza insospechada, y como para dar a entender que no haría uso de ella, su mirada iba siempre acompañada de una sonrisa encantadora. Su cabello era más bien oscuro que claro, un poco rizado naturalmente, y le caía sobre los hombros, los que, acompañado del aire soñador de los ojos, daba una impresión de misterio que era difícil descifrar. Nunca estabais seguros de si os miraba, ni de lo que estaba pensando cuando se dirigía a alguien para hablarle, pues tomaba continuamente lo que había cedido. «Dentro de todo eso se esconde Jon Hatlen», pensó Oeyvind, y no podía dejar de mirarla una y otra vez.

Por fin compareció el maestro. Todos salieron de su sitio y se precipitaron:

—¿Qué nota es la mía?

—¿Y la mía?

—¿Y la mía...?

—¡Silencio, alborotadores! ¡Qué confusión! ¡Quietos, que pronto lo sabréis criaturas! — Y mirando alrededor iba diciéndoles—: Tú has quedado en segundo lugar —y señalaba a un muchacho de ojos azules que le había estado mirando suplicante, y salió del corro bailando al oír su clasificación—. Tú eres el tercero —y ponía la mano sobre el hombro de un muchacho bajito, pelirrojo—. Tú tienes el quinto lugar... Tú, el octavo. —Y así sucesivamente. Al notar la presencia de Marit, dijo—: Tú, entre las muchachas, quedas clasificada la primera. —El rostro y la garganta de Marit se enrojecieron, y probó de sonreír—. Tú tienes el doce; perezoso y arisco has sido; tú, el once, y era de esperar, muchacho; tú tienes el trece, y conviene que te apliques para un segundo examen, o te irá mal...

Oeyvind no podía aguantar más tiempo. La clasificación de primero no se había dado todavía. Había permanecido todo el rato en un sitio donde el maestro podía verle muy bien.

—¡Señor maestro! —pero el buen viejo parecía no oírle—. ¡Señor maestro! —tuvo que decirlo una vez más.

Por fin hizo caso de él:

—Tienes el octavo o el noveno sitio, no me acuerdo bien.

Y pasó a otro.

—¿Quién es el primero? —preguntó Juan, el mejor amigo de Oeyvind.

—No tú, seguramente, cabecita ensortijada —dijo el maestro, dándole un golpe en la mano con un rollo que llevaba.

—Pues, el primero, ¿quién es? —preguntaron—. Vaya, ¿quién es?

—Quien sea, no quedará sin saberlo —concluyó el maestro con seriedad, dispuesto a evitar nuevas preguntas—. Id a vuestras casas, muchachos, dad gracias a Dios, y sed la alegría de vuestros padres. Y no olvidéis tampoco a vuestro viejo maestro, pues no lo hubierais pasado tan bien sin él.

Diéronle las gracias y emprendieron con júbilo la vuelta a sus hogares, dichosos a pesar

de todo, a no ser uno que no acertaba a recoger sus libros, y que al lograrlo se sentó, como queriendo volver a aprender desde el principio.

El maestro se le acercó:

—¿Y tú, Oeyvind? ¿No sales con los otros?

No respondió.

—¿A qué propósito hojeas los libros?

—Quiero ver en qué me he equivocado al responder.

—Ni en una sola respuesta te has equivocado.

Oeyvind le miró, y le subieron las lágrimas a los ojos, y miraba a su maestro mientras una lágrima tras otra recorría sus mejillas, pero sin decir una palabra. El maestro, se sentó junto a él.

—¿No estás contento de haber salido bien del examen...?

Sus labios temblaban, pero no respondía.

—Tu madre y tu padre estarán muy contentos.

Oeyvind, bajo la mirada del maestro, luchó algún tiempo antes de poder pronunciar una palabra; al fin preguntó con la voz ahogada, entrecortada la frase:

—¿Será porque... soy el hijo de un asalariado... que me han clasificado noveno o décimo...?

—Seguramente será por esto —asintió el maestro.

—Entonces, todo mi trabajo poco aprovecha —replicó, apagada la voz, viendo desvanecerse ante sí todos sus sueños.

Pero de pronto irguió la cabeza, levantó la mano derecha, y con toda su fuerza la dejó caer sobre la mesa, escondió la cara, y rompió en un llanto vehemente.

Lo dejó llorar el maestro. Fue larga la espera. El llanto llegó a hacerse poco a poco como el de un niño. Cogió entonces con ambas manos la cabeza del muchacho, la levantó, y contempló su desolación.

—¿Cómo puedes haber sentido a Dios tan cercano en estos últimos tiempos? —le dijo, apretándole cariñosamente contra el pecho—. Oeyvind, pagas tu propia culpa. No has estudiado por amor a tu calidad de cristiano, no por amor a tus padres, sino por vanidad.

Después de estas palabras del maestro, un ancho silencio pesó en la sala. Oeyvind sentía puestas sobre él las miradas del maestro y como si ellas le ablandaran y le invitaran a la humildad.

—Con la cólera en el corazón no te hubieras atrevido a presentarte al pie del altar para hacer a tu Dios el voto de fidelidad. ¿Verdad que no?

—No —balbuceó el muchacho.

—¿Y no hubiera sido pecaminoso acercarte a Él guiado por la presunción de superar a los compañeros?

—Sí —susurró el muchacho, con los labios temblorosos.

—¿Me profesas todavía algún afecto, Oeyvind?

—Sí —dijo él. Y esta vez volvió a mirarle.

—Voy a confesarte, pues, que he sido yo mismo quien ha hecho rebajar la nota, porque te profeso un cariño de veras, Oeyvind.

Éste le miró un par de veces, con los ojos inquietos, de nuevo rodaron las lágrimas por sus mejillas.

—¿No sientes animosidad por lo que he hecho?

—No —dijo el muchacho, dirigiéndole una mirada pura y franca, aunque con la voz ahogada.

—Mi buen muchacho, estaré a tu lado mientras viva.

Esperó hasta que Oeyvind, ya dueño de sí mismo, hubo recogido sus libros, y le dijo que le acompañara a su casa. Por el camino hacia ésta, a paso lento, Oeyvind se mostró al principio reservado, y como si luchara consigo mismo, pero poco a poco se dominó. Convencido ahora de que lo sucedido era lo mejor que podía esperar, esta creencia llegó a afirmarse en tal manera poco antes de llegar a la casa, que daba gracias a Dios y se sentía dispuesto a alternar tranquilamente con el maestro.

—Ahora —dijo éste— vamos a procurar que sobresalgas en la carrera de la vida, pues que de los engaños de tu presunción estás ya libre. ¿Qué me dices de la Escuela?

—Estudiaré en ella de buena gana.

—¿Se entiende, la de Agricultura?

—Sí.

—Es la más indicada; te abre otras perspectivas que la de una plaza de maestro de escuela.

—Pero ¿cómo entrar en ella? Tengo el deseo, pero no los medios.

—Tú aplícate y sé honrado, que los medios no han de faltarte.

Oeyvind irradiaba gratitud; empezaron a brillarle los ojos, su respiración se hizo más fácil y sintióse lleno de aquel fuego de amor infinito que suele arder en nosotros cuando inesperadamente nos damos cuenta de la bondad de los hombres. En momentos así el porvenir se nos pone delante, y somos como el caminante que avanza en medio del aire ligero de los montes, y mejor que andar parece que nos lleven.

Al llegar a su casa, los padres de Oeyvind estaban esperándole calladamente, dejando esta vez la labor con todo y ser apremiante. Pasó delante el maestro. Así él como Oeyvind sonreían.

—¿Bien? —inquirió el padre, dejando a un lado el devocionario en el que acababa de leer las preces de la Confirmación.

La madre cuidaba de la lumbre, y no se atrevió a decir nada; sonreía, pero la mano le temblaba; al parecer esperaba algo bueno, sin que se atreviera a manifestarlo.

—Sólo he venido para traeros la buena noticia de que ha respondido a todas las preguntas, y de que el párroco ha afirmado que no había visto en su vida mejor candidato a la Confirmación.

—Esto me alegra en el alma —dijo la madre muy conmovida.

—Es una satisfacción —dijo el padre, carraspeando.

Después de un silencio, la madre preguntó tímidamente:

—¿Y en qué lugar ha quedado?

—Octavo o noveno —respondió el maestro con calma.

La mujer miró a su esposo, y éste a ella y luego a Oeyvind, y concluyó:

—Para el hijo de un asalariado no se puede pedir más.

Oeyvind dirigió a su vez una mirada al padre. Algo le agarrotaba de nuevo la garganta, pero se dominó, amparándose rápidamente en pensamientos gratos, hasta que pudo más la pesadumbre.

—Ahora lo mejor será que me marche —dijo el maestro; se despidió y se dispuso a salir. Según su costumbre, marido y mujer le acompañaron hasta la salida—. Tendrá el número uno —les dijo, sonriendo—, pero no ha de saberlo hasta el mismo día de la Confirmación.

—No, no —asintió el padre cabeceando.

Y la madre lo repitió a su vez, y dijo, estrechando la mano del maestro:

—Recibe nuestra gratitud por todo lo que haces por él.

—Sí, de todo corazón —afirmó el padre.

Y salió el maestro mientras los padres permanecían en el soportal viendo cómo se alejaba.

## CAPÍTULO VII

El maestro estuvo acertado en rogar al párroco que comprobara si Oeyvind merecía en realidad la clasificación de primero. En el espacio de las tres semanas que pasaron antes de la Confirmación, ni un solo día dejó de ver al muchacho. Un alma blanda cederá fácilmente a una emoción, pero otra cosa es que permanezca grabada en toda la fuerza conveniente. Muchas horas sombrías vivió Oeyvind antes de aprender a tomar por guía en sus planes para el porvenir algo mejor que la vanidad y el despecho. A veces, perdía de pronto en medio del estudio la apetencia, y lo dejaba a un lado. «¿A qué fin trabajo? —se decía—. ¿Qué saco de ello?». Pero al cabo de un rato se acordaba del maestro, de sus palabras, y de su bondad. Necesitaba de esta mediación humana para volver a remontarse cada vez que salía de la apreciación justa de su elevado deber.

En la casa paterna coincidían los preparativos para el día de la ceremonia, y para la partida a la Escuela de Agricultura, que sería al día siguiente. Dábanse prisa sastre y zapatero, andaba atareada la madre en la cocina, y el padre trabajaba en un baúl de viaje. Mucho se habló aquellos días así de lo que costarían sus estudios durante dos años, como en la dificultad para pasar la primera Navidad, ni tal vez la segunda cerca de los padres, y de lo penosa que les sería tal separación. Extendíase el comentario al amor que debía a unos padres que hacían por él grandes sacrificios. En medio de todo esto, Oeyvind se encontraba como alguien que, habiendo intentado hacer frente al mundo por su propia cuenta, ha naufragado y es acogido ahora por una gente bondadosa.

Un sentimiento de esta índole crea humildad, y como consecuencia, otros afectos. Próximo ya el día solemne, podía llamarse preparado y esperarlo con rendida confianza. Cada vez que surgía en su alma la figura de Marit, la rechazaba, pero no sin que le doliera. Se esforzaba en ser cada vez más dueño de sí mismo, pero lo conseguía mal; el dolor era cada vez más agudo: por esto, en la víspera de la ceremonia se sentía fatigado cuando, tras un largo examen de conciencia, pidió a Dios que no le pusiera demasiado a prueba.

Al anochecer se presentó el maestro. Sentados en la habitación después de los preparativos propios de la víspera de una ceremonia tal, la madre estaba emocionada, y callaba el padre; pasado mañana partiría Oeyvind, y era incierto el día en que volverían a hallarse, como ahora, reunidos. El maestro repartió los libros de cánticos, hicieron sus preces, y cantaron.

Las cuatro personas permanecieron reunidas, sin que sintieran el cansancio, hasta muy avanzada la noche. Despidiéronse con los mejores propósitos para el próximo día y lo que vendría en pos de él. Al acostarse, Oeyvind hubo de conceder que todavía nunca le había acogido sintiéndose tan feliz. Hoy daba a esta felicidad una nueva interpretación, entendiendo que nunca como ahora se había entregado a la voluntad de Dios, y descansado en ella. Volvió a imaginar el rostro de Marit, y fue lo último de que tuvo conciencia como si una voz interior le susurrara: «No del todo feliz. No del todo», a lo que él replicaba: «Sí, feliz por completo». Pero volvía la voz: «No del todo». «Sí; por completo». «No del todo...».

Al despertar se le manifestó el significado del día que empezaba, rezó, y se sintió fortalecido. Levantóse, y se puso cuidadosamente las prendas nuevas; nunca había llevado encima un traje tan bueno, especialmente el bien cortado sayo de paño, que hubo de palpar cuatro veces antes de familiarizarse con él. Una vez bien ajustado el cuello y ceñido el

sayo, que anteriormente se había probado varias veces, sacó un espejuelo, y al ver su propia cara satisfecha, que le sonreía, encuadrada por el cabello rubio claro, le ocurrió sospechar en esto la vanidad que volvía.

«Bien, pero los hombres deben vestir pulcramente», se respondía a sí mismo apartándose del espejo, como si fuera pecaminoso mirarse en él. «Claro que sí, pero dar demasiado valor a esto no está bien». «No; aunque, bien considerado, Dios mismo debe complacerse en que alguien se alegre de parecer bien». «Es posible, pero mira, más le complacería que parecieras bien sin detenerte tanto en ello». «Es verdad; todo procede de que las prendas sean tan nuevas». «Poco a poco tendrás que desacostumbrarte, a medida que la ropa se haga vieja».

Otros diálogos parecidos se planteó todavía aquella mañana, deseoso de que no empañara el día ninguna falta.

Encontró en la planta baja a sus padres ya vestidos y esperándole para el desayuno. Fue hacia ellos y les dio las gracias por el traje nuevo.

—Que puedas romperlo con salud —tal fue el voto cordial de los padres.

Sentáronse, rezaron en voz baja y desayunaron. Después de quitar los manteles la madre tomó un bolso, y dio los últimos toques a su atavío, púsose el padre la chaqueta, tomaron cada uno su libro de cánticos, cerraron la casa y emprendieron la cuesta. Una vez arriba, en el camino real, hallaron a los fieles que, a pie o en coche, se dirigían a la iglesia, entre ellos los confirmantes; venían en otro grupo los abuelos, que esta vez por nada hubieran dejado de asistir a la iglesia. Era el día otoñal, de sol velado, como anunciando cambio de tiempo. Subían las nubes, rompíanse y separábanse; un numeroso cortejo de ellas recorría todo el espacio, como si llevaran mensajes para el comienzo de la tormenta; pero abajo todo estaba tranquilo: marchito colgaba el follaje sin moverse siquiera, y el aire era algo bochornoso. Los que venían provistos de abrigos no los utilizaban. Una multitud insólita se hallaba reunida alrededor de la iglesia, pero los confirmantes, sin detenerse, entraban en el templo para colocarse en el orden previsto antes de que comenzaran las ceremonias. De pronto compareció el maestro, de frac azul, pantalón hasta las rodillas, botas altas, tiesa corbata, y asomándole la pipa del bolsillo posterior entre los faldones del frac. A todos saludaba y sonreía, daba un golpecito en el hombro de éste, o exigía a aquél una respuesta. En medio de estas actividades llegó hasta cerca del cepillo de las limosnas, junto al cual estaba Oeyvind, enterando a su amigo Juan de los planes del viaje.

—Buen día, Oeyvind, ¡qué contento vienes! —Y le cogió por el cuello de la chaqueta, como dispuesto a hablar con él—. Oye, he de confiarte la mejor noticia. Acabo de hablar con el párroco; puedes conservar el sitio que has tenido hasta ahora en la escuela; te pondrás en el primer sitio, y mira de responder con claridad.

Oeyvind miraba sorprendido al maestro. Hizo éste una señal, y el muchacho adelantó unos pasos, se paró, volvió a andar unos pasos y volvió a pararse: «Será así; seguramente ha abogado por mí al párroco», reflexionó. Y fue a ocupar el primer sitio.

—Tienes el número uno —susurró un muchacho.

—Sí —respondió él en voz baja, sin poder sustraerse a una sensación de temor por si era o no cierto.

Una vez colocados los confirmantes y presente el párroco, repicaron las campanas, y los fieles entraron en la casa de Dios. Vio Oeyvind enfrente a Marit de los Brezales, que le miró igualmente, pero tan impresionados estaban ambos de la santidad del lugar que no se atrevieron a saludarse. Oeyvind tuvo el tiempo suficiente para convencerse de que Marit estaba hermosa hasta deslumbrar, y que no llevaba ningún adorno en el cabello. Los

orgullosos planes que había hecho durante seis meses en perspectiva de este momento frente a Marit, los olvidó en el punto de su realización, y no se acordó ya de su categoría, ni Marit de la suya.

Después de las sagradas ceremonias, parientes y amigos se acercaron a Oeyvind para darle el parabién; los camaradas le decían adiós, enterados de su partida al día siguiente; vinieron también otros, más niños, de los que participaban en las carreras de trineos; alguno de éstos lloraba al despedirse. Por fin vino el maestro y le tendió la mano en silencio a él y a sus padres, dispuesto a acompañarles. Hallábanse de nuevo reunidos los cuatro, y sería aquélla la última velada. Muchos le despedían de paso a lo largo del camino, y le deseaban buena suerte; pero ellos cuatro no se hablaron hasta llegar a la casa, bajo techo.

El maestro ponía todo su empeño en que no decayeran los ánimos. La familia preveía casi con terror la ausencia de dos años, cuando hasta entonces no habían pasado ni un día alejados; pero ninguno quería que se le conociera el disgusto en el semblante. A medida que avanzaban las horas, Oeyvind se sentía más oprimido; probaría de tranquilizarse un poco saliendo al aire libre.

Ya oscurecía, y se oía en el aire un zumbido; de pie en el rellano de la escalera exterior, miraba al firmamento. Oyó pronunciar su nombre al borde de la ladera del monte; no era una ilusión; dos veces lo había oído. Miró hacia arriba, y vio borrosamente entre los árboles una forma femenina, arrodillada, que se asomaba para mirar abajo.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—He oído decir que sales de viaje —respondió ella con voz discreta— y no he podido menos de acudir para decirte adiós, ya que tú no has querido ir a mi casa.

—¿Eres tú, querida Marit? Espera, voy a subir.

—No hagas eso; te he esperado largo rato, nadie sabe dónde estoy, y tengo que volver apresuradamente a casa.

—Es una buena acción que hayas procurado verme —dijo él.

—No podía soportar la idea de que partieras así, Oeyvind: nos conocemos desde los primeros años de la infancia.

—Es cierto.

—Y ahora, hace medio año que no nos hemos hablado.

—Por desgracia es así.

—¡Y el modo de separarnos fue tan raro!

—Sí, lo fue. Oye, creo que he de subir donde estás.

—¡No, por Dios, no lo hagas...! Pero, dime, ¿no me guardas rencor?

—¡Querida Marit, cómo puede ocurrírsete!

—Adiós, Oeyvind, y gracias por todas las horas agradables que me has proporcionado.

—No te vayas todavía, Marit.

—Sí, ahora debo irme, que me echarán ya de menos.

—¡Oh, Marit, Marit!

—No puedo entretenerme más rato, Oeyvind. ¡Adiós! ¡Adiós!

El muchacho entró en su casa como un sonámbulo, y al ser preguntado sus respuestas fueron incoherentes. Lo atribuyeron a la preocupación del viaje, de que participaban todos. El maestro al despedirle puso en su mano algo que luego se vio que era un billete de cinco táleros. Al acostarse no pensaba ya Oeyvind en el viaje sino en las palabras que le habían llegado de la ladera del monte, y las con que él había correspondido. De niña no permitían a Marit que se acercara a aquel sitio, porque el abuelo temía una caída.

«Tal vez baje todavía otra vez», pensaba Oeyvind.

## CAPÍTULO VIII

Queridos padres:

Ahora ha crecido nuestra labor, pero casi he alcanzado a mis compañeros, de manera que no encuentro grandes dificultades. Es mucho lo que podré cambiar en el cultivo de las tierras encargadas a mi padre cuando vuelva a casa, porque mucho se hace mal, y es raro que no haya dado peores resultados. Confío en que lo enmendaré, pues he aprendido de veras. Tengo ganas de llegar a una situación en la que consiga realizar todo lo que ahora sé; por esto, cuando haya terminado he de procurar ponerme al frente de una propiedad importante. Aquí todos convienen en que Jon Hatlen no es tan listo como por nuestra comarca se cuenta; posee una hacienda propia y naturalmente sólo a él se hace el bien o el mal. De los que salen de esta Escuela, muchos obtienen buenos sueldos, y esto viene de que nuestra Escuela de Agricultura es la mejor del país. No faltan los que afirman ser mejor una que hay en el próximo distrito, pero no es cierto. Aquí todo gira alrededor de dos palabras: la una es teoría, y la otra práctica, y lo conveniente es dominar ambas cosas; la una no es nada sin la otra, pero la mejor es la última. La primera de estas palabras significa el conocimiento de la causa, y la base para realizar una labor, mientras que la otra significa que uno puede hacer él mismo la labor propuesta, como es el caso actualmente en una laguna que nos tiene atareados. Porque muchos son los que saben cómo se ha de hacer, y, no obstante, al poner las manos en ello lo hacen mal, porque no poseen la aptitud. Muchos otros, en cambio, se sienten capaces de hacerlo, pero les falta el conocimiento, y el resultado será también malo. Porque hay varias de lagunas. Pero nosotros en la Escuela aprendemos en los dos sentidos. Nuestro director es tan capaz, que nadie puede medirse con él. En la última asamblea de agricultores del país planteó dos cuestiones, mientras que los otros directores plantearon solamente una pregunta cada uno, y al final salió él teniendo razón por todos. Pero en la Asamblea del otro año salió a la buena de Dios. El lugarteniente que enseña a medir las tierras lo ha tomado nuestro director en consideración a sus grandes disposiciones, ya que las otras Escuelas no lo tienen; y tan dispuesto es que salió de la suya como excelente.

El señor maestro pregunta si asisto a la iglesia. Claro que sí. El párroco ha tomado ahora un vicario, y éste predica de tal forma que en la iglesia se estremecen los fieles, y es un deleite oírle. Es de la nueva religión que tienen en Cristianía, y a la gente les parece demasiado rígida, pero es para su bien. Ahora aprendemos mucha Historia, como no lo hacíamos anteriormente, y es digno de notar cómo nos enteramos de lo que ha sucedido en el mundo, y principalmente en nuestro país. Porque, aunque no siempre victoriosos, grandes victorias hemos alcanzado, y fuimos un tiempo mucho más pequeños de lo que somos ahora; tenemos libertad como no la tiene otro pueblo en tan alto grado, si exceptuamos América, aunque ésta no es tan feliz. Y es nuestra libertad lo que debemos amar ante todo.

Por esta vez voy a terminar, pues he escrito una larga carta. Seguramente el señor maestro leerá la carta, y en el caso de que responda por vosotros, que me dé alguna noticia de unos y otros que no lo hace. Y recibid muchos saludos de vuestro amante hijo.

*Oeyvind Thoresen.*

Queridos padres:

He de anunciaros que hemos tenido exámenes y en varias asignaturas he salido con nota de: Excelente, y en redacción y agrimensura: Muy bien, mientras que en mi deber escrito en lengua materna sólo he alcanzado un: Regular. El director dice que es porque he leído poco, y me ha regalado algunos libros de Ole Big, que son hermosos sobre toda ponderación, y lo entiendo todo. El director es muy bueno conmigo, y nos cuenta la mar de cosas. Nos hace notar lo pequeño que aquí es todo en comparación con lo que se ve en el extranjero. Mucho aprendemos de los escoceses y de los suizos; de los holandeses aprendemos jardinería. Muchos viajan por aquellas tierras, y de la misma Suecia podemos aprender muchas cosas en las que son más expertos; el director ha estado allí. Pronto hará un año que estoy fuera de casa y creo haber aprovechado el tiempo, pero cuando pienso en lo que se exige para el examen de licenciatura y que aún los que han pasado por él no pueden medirse con los extranjeros, me entra una gran turbación. Además, el suelo es ingrato en nuestra Noruega, comparado con el extranjero; no premia los afanes que nos cuesta. Aquí la gente se resiste a aprender de los extranjeros. Y aunque quisieran, y aunque el suelo fuera mucho mejor, no tienen el dinero para cultivarlo del modo conveniente. Extraño parece que los resultados no hayan sido peores.

Ahora estoy en la clase superior, y hasta dentro de un año no terminaré. Pero casi todos mis camaradas han partido, y siento la añoranza del hogar. Aunque así no sea, me parece que estoy solo; ¡se siente uno tan raro cuando ha pasado mucho tiempo fuera de casa! Yo había creído que aquí me haría muy conocedor y apto, pero ahora no me parece tan risueño. ¿Qué voy a emprender cuando salga de aquí? Ante todo iré a casa, naturalmente, y más adelante me procuraré una colocación, pero no muy lejos de vosotros.

Pasadlo bien, amados padres; saludos a todos los que pregunten por mí, y decidles que me va bien, pero que anhelo la vuelta.

Vuestro amante hijo,  
*Oeyvind Thoresen.*

Apreciado Maestro:

Te adjunto una carta, que te ruego curses sin hacer mención de ella a nadie. Y, si no te parece bien, puedes quemarla.

*Oeyvind Thoresen.*

A la virtuosa joven Marit, hija de Knud Nordistuen, en los Brezales de Arriba.

Te causará una gran sorpresa recibir carta mía, pero no te asombres porque únicamente quiero preguntarte cómo te va. Lo más pronto posible infórmame en todos sentidos. De mí sólo sé decirte que dentro de un año habré acabado mis estudios.

Devotamente,  
*Oeyvind Thoresen.*

Al joven Oeyvind Thoresen, en la Escuela de Agricultura.

He recibido tu carta por mediación del maestro, y voy a corresponder como pides. Casi me avergüenzo de saberte tan ilustrado. Tengo en casa un Epistolario, pero lo que encuentro en él no hace a mi caso. Voy a probar, pues, a corresponder, y atiende sólo a la buena voluntad. Pero no has de enseñar a nadie mi carta, pues en este caso no serías el que yo imagino. Tampoco has de conservarla, porque sería fácil que alguien la viera; me has de prometer que la quemarás una vez leída. Muchas cosas te contaría, pero no me atrevo. Hemos tenido una buena cosecha; las patatas han alcanzado muy buenos precios, y aquí en los Brezales tenemos lo que nos basta. Pero en verano el oso ha perjudicado bastante al ganado. A Ole, en el caserío de abajo, le despedazó dos bueyes, y a nuestro aparcerero le maltrató de tal modo una vaca, que tuvieron que sacrificarla. Estoy trabajando en un gran tejido, según modelo escocés, y es una labor difícil. Y ahora te he de contar que estoy en casa todavía, pese a algunos que preferirían que no fuera así. Por esta vez no sé qué decirte más, y, por lo tanto, adiós.

*Marit, hija de Knud.*

P. D. Quema esta carta una vez la hayas leído.

Al alumno de la Escuela de Agricultura, Oeyvind Thoresen:

Te he dicho siempre lo mismo, Oeyvind. Quien va al lado de Dios ha elegido la mejor parte. Pero ahora has de oír mi consejo, y consiste en esto: que ni tengas apego extremado al mundo, ni te apartes del todo de él, sino que tengas confianza en Dios, y no dejes que la misantropía se cebe en tu corazón, que sería apartarte del Dios verdadero. Por lo demás, puedo comunicarte que tu padre y tu madre se encuentran bien. A mí me duele una cadera, como si retoñara en mí la guerra con sus penalidades. Lo que en la juventud se siembra se recoge en la vejez, y me duelen así el espíritu como el cuerpo, arrancándome quejas y suspiros. Pero no es de viejos lamentarse, si consideramos que de las heridas fluye la sabiduría y que el dolor es escuela de la paciencia donde el hombre cobra fuerzas para el último viaje. Es por varios motivos que hoy he tomado la pluma, y ante todo para hablarte de Marit, que se ha hecho una mocita temerosa de Dios, pero suelta de pies como un reno y tornadiza como una veleta. Ella bien quisiera ceñirse a lo que en principio conviene, pero su naturaleza se lo impide; he podido experimentar a menudo que el Señor es para con esas almas flacas clemente y previsor, a fin de ahorrarles pruebas que excedieran a sus fuerzas. Y Marit es débil. Le di la carta y la escondió a todos, excepto a su propio corazón. Si Dios se digna tomar bajo su protección el asunto, yo no me opondré. Ella es un regalo para los ojos de la juventud, como se comprende; los bienes terrenales no han de faltarle, y tampoco le faltan los del cielo a pesar de su inconstancia. El temor de Dios, empero, es en su alma como el agua en un estanque de escasa profundidad; hay agua cuando llueve, pero el sol la seca pronto.

Mis ojos ya no resisten escribir más largo; si bien para ver de lejos aguantan, me duelen y se llenan de lágrimas así que los dirijo a objetos cercanos. Otra cosa que quisiera grabar en tu corazón, Oeyvind. En todas las empresas, acuérdate de Dios. Nada emprendas sin Él, porque está escrito: Más vale un puñado de paz que los dos puños llenos de penas y fatigas.

Tu viejo maestro,

*Baard Andersen Opdal.*

A la virtuosa joven Marit, hija de Knud de los Brezales:

Te doy las gracias por tu carta, que he quemado después de leída, cumpliendo tu deseo. Me enteras de varias cosas, pero no de lo que más me hubiera complacido saber. Tampoco yo me atrevo a escribirte con certeza de algo, antes de enterarme de cómo te va a ti en todos los órdenes. La carta del maestro no contiene nada a que uno pueda atenerse; por una parte te alaba, pero luego opina que pecas de inconstante. Ya lo eras antes. Ahora no sé qué he de creer, y por esto conviene que me escribas. Cuenta que no estaré tranquilo hasta que me hayas escrito. Más que nunca vuelvo a imaginar la última noche que viniste sobre la ladera, y las palabras que entonces dijiste. No quiero extenderme más por ahora, y deseo que vivas feliz.

Respetuosamente,  
*Oeyvind Thoresen.*

Al joven Oeyvind Thoresen:

El maestro me ha dado otra carta tuya, la cual acabo de leer. Pero no la entiendo bien, y esto será porque no soy instruida. Te interesa saber cómo me va en todos los órdenes. Oye, pues: estoy bien y sana, y absolutamente nada me aqueja. Tengo muy buen apetito, especialmente cuando hay cosas de leche, dormo por las noches, y de vez en cuando durante el día. Este invierno he bailado mucho, porque aquí se han dado varias fiestas y lo he pasado en ellas estupendamente. Voy a la iglesia siempre que la nieve no tiene mucha altura, caso frecuente en este invierno. Ahora ya lo sabes todo, y si te parece poco no sé mejor consejo sino pedirte que me escribas otra vez.

*Marit, hija de Knud.*

A la virtuosa joven Marit, hija de Knud de los Brezales:

He recibido tu carta, pero no me pareces dispuesta a enterarme de más de lo que ya sabía. Tal vez esto sea también una contestación; no lo sé. No me atrevo a escribir algo de lo que escribiría de buena gana, porque no te conozco bien. Pero tal vez tú no me conozcas tampoco a mí.

No vayas a creer que sea todavía aquella especie de queso blando del cual tú exprimías el agua cuando yo estaba allí sentado, viéndote bailar. Desde aquel tiempo me han puesto a secar y no soy ya aquel perro de lanas con las orejas gachas y temeroso de la gente; de esto me he librado al fin.

Tu carta es divertida, pero un poco fuera de lugar, pues no dejabas de comprenderme y podrías haber visto que mis preguntas no eran para bromear, sino porque en este último tiempo situaba mi único pensamiento en lo que era objeto de mi pregunta. Ansiaba la respuesta, esperaba, y tú lo tomas a risa.

Adiós, Marit de los Brezales, no quiero detener demasiado en ti los ojos, como aquel día en el baile. Sigue comiendo y durmiendo a satisfacción, y acaba pronto con tu nueva labor, y sobre todo, que mi carta te halle en disposición de apartar la nieve del umbral de la iglesia.

Respetuosamente,

*Oeyvind Thoresen.*

Al Alumno de la Escuela de Agricultura, Oeyvind Thoresen:

A pesar de mi edad avanzada, y de lo débil de mi vista, y de los dolores en la cadera, he de ceder a las instancias de la juventud, que se refugia en nosotros, viejos, cuando se encuentra en un atolladero. Con halagos y lágrimas nos solicita hasta que se ve fuera del paso, y entonces no quiere oír nada de nosotros.

Con respecto a Marit te diré que revolotea a mi alrededor con un tropel de dulces palabras, para que le ayude en sus cartas, pues no confía en sí misma para escribir. He leído tu carta. Ella se figuraba hallarse delante de un Jon Hatlen o de cualquier otro mentecato, y no de un hombre educado por el maestro de escuela Baard. Ahora empieza a abrir los ojos. Tú tal vez te has manifestado demasiado severo con ella, porque hay criaturas femeninas que bromean para no llorar, y entre una y otra cosa no hay diferencia. Me es grato a pesar de todo que tomes lo serio en serio, pues de lo contrario tampoco sabrías reír de lo que es para reído.

Que os amáis se revela en muchas cosas. He dudado a veces de su inclinación, porque se parece al viento que sopla ahora aquí, ahora allá; actualmente me consta que ha rechazado a Jon Hatlen, lo que ha encolerizado en gran manera a su abuelo. Tu solicitud le fue grata, y si bromea no es con mala intención, sino de alegría. Mucho es lo que ha soportado, lo que se ha dejado echar encima esperando a aquél a quien pertenecía su cariño. Y ahora tú no quieres saber nada más de ella y la apartas de ti como a una muchacha de mala conducta. Sólo he querido prevenirte, y añadiré ahora que te has de reconciliar con ella, ya que no te faltarán un día u otro ocasiones de riña. Soy de los que han visto tres generaciones; lo bastante viejo para conocer las locuras y sus gestos.

Tu padre y tu madre te mandan saludos y te echan de menos. No he querido decírtelo antes para que tu buen corazón no sufriera. A tu padre no le conoces bien; es parecido al árbol, al que no arrancarás un gemido si no en el mismo instante de abatirlo. Pero si algo te sucede sabrás quién es y le mirarás lleno de admiración. Ha sido muy oprimido en este mundo, y ha callado; tu madre, en cambio, ha tenido el corazón libre de las angustias del mundo y ahora extiéndese sobre ella la claridad del día.

Mis ojos se nublan, y tampoco la mano quiere obedecerme. Por eso te encomiendo a Aquél cuyos ojos velan continuamente y cuya mano no se cansa jamás.

*Baard Andersen Opdal.*

A Oeyvind Thoresen:

Me parece que te has enfadado conmigo, y me da mucha pena. Mi intención no era mala. He reflexionado que a veces no me he portado contigo como debía, y por esto he querido escribirte, pero no enseñes a nadie mi carta. Hubo un tiempo en que todo me parecía salir a pedir de boca, y no era éste el buen camino; ahora ninguno quiere saber de mí, y lo paso muy mal. Jon Hatlen ha inventado una copla maliciosa referente a mí y la cantan todos los muchachos, y no me atrevo a acercarme donde hay baile. Los dos ancianos lo saben y he de soportar palabras duras. Pero en estos momentos estoy sentada aquí, sola, y te escribo, y no has de enseñar a nadie mi carta.

Tú has aprendido mucho y deberías aconsejarme. Estás lejos. He bajado con frecuencia a casa de tus padres y he hablado con tu madre y somos ahora muy buenas amigas, pero no me atrevo a decirle nada, porque escribes de un modo muy raro. El maestro se ríe de mí, y nada sabe de la copla maliciosa; en su presencia no hay quien se atreva a cantarla. Ahora estoy sola y no tengo con quién hablar. Vuelvo atrás al tiempo de nuestra infancia y me acuerdo de lo bueno que fuiste conmigo, y cómo siempre tenía un sitio en tu trineo. Desearía volver a ser niña.

Ya no me atrevo a pedirte una contestación; si así y todo quisieras responderme, siempre más lo tendré presente, Oeyvind.

*Marit, hija de Knud.*

Querida Marit:

Te doy muchas gracias por tu carta; la has escrito en buena hora. He de confesarte, Marit, que es tal el amor que siento por ti que se me hace casi imposible continuar viviendo lejos; si tú sientes el mismo cariño, las coplas de Jon y otras malicias serán hojas que lleva el viento. Desde que recibí tu carta soy un hombre nuevo; me asiste una doble fuerza y no temo a nadie en el mundo. Después de haber expedido la carta anterior a ésta me sobrecogió un remordimiento tan grande que estuve a punto de caer enfermo. Y verás que consecuencias tuvo esto. El director me llamó aparte, y me preguntó si me pasaba algo; él era de opinión que estudiaba excesivamente. Me dijo que, a su parecer, al acabar la carrera debería quedarme un año más, y éste libre de gastos. Y que podría ayudarme en esto y aquello, y así completaría mi conocimientos. Yo acepté con gratitud, reflexionando que el trabajo era mi único refugio; y todavía ahora no me arrepiento, por más que te eche de menos, ya que a más tiempo de permanecer aquí más ha de crecer mi esperanza de poder aspirar a ti. Me siento feliz de trabajar por tres y de no ser ya un rezagado en nada. Recibirás un libro que estoy leyendo en el cual se trata de amor. Por la noche cuando los otros duermen leo en él, y leo también una y otra vez tu carta. ¿Te has representado nunca el momento en que volveremos a vernos? Yo lo he hecho algunas veces, y tú deberías probar también a representártelo, y te convencerías del gozo que hay en esta idea. Yo estoy contento de haber escrito algo, tanto que antes me costaba; porque ahora puedo decirte lo que siento y mi corazón se baña en lo que me sonrío.

Te daré muchos libros y podrás ver en ellos los obstáculos que han debido vencer los que se han querido de veras, antes de morir de pena si cabe que renunciar a su amor. Lo mismo haremos nosotros con gran alegría. Cierto es que la ausencia durará todavía un par de años, o tal vez más, hasta ser el uno del otro; pensemos que cada día que pasa es uno menos. Y con esta idea seamos constantes en el trabajo.

En mi próxima te contaré muchas cosas más, pero esta noche he gastado todo el papel que me quedaba, y los otros duermen. Voy también a acostarme, pensando en ti, y de nuevo en ti, hasta que me duerma.

Tu amigo,

*Oeyvind Thoresen.*

## CAPÍTULO IX

Un domingo, en el corazón del verano, Thore surcaba el fiordo a remo para salir al encuentro del hijo que llegaba aquella tarde de la Escuela de Agricultura, terminados sus estudios. La madre tenía ocupadas en casa hacía días las mujeres de faenas, que la ayudaban a que todo quedara limpio y reluciente; se habían hecho reparaciones, y una estufa nueva había sido instalada en el cuarto de Oeyvind. La madre esparcía hojas tiernas, sacaba mantelería limpia, preparaba la cama de su hijo, y entre uno y otro paso miraba por la ventana si se dibujaba algún bote en el fiordo. Todo estaba apunto para la comida de gran festividad, pero siempre quedaba un detalle, o era preciso ahuyentar las moscas, o volvía a haber polvo en el cuarto, a pesar del vapuleo. El bote no aparecía; la madre se apoyó en el marco de la ventana y miró hacia la bahía. Abajo, en el camino, alguien se acercaba. Volvió la cara. Era el maestro de escuela que subía la cuesta, apoyado en un bastón, porque le dolía la cadera. Aquella mirada juiciosa recorría el paisaje. Se paró a fin de tomar aliento, saludó luego, y preguntó:

—¿Todavía no ha llegado?

—No, le espero de un momento a otro —respondió la madre.

—Buen día para el heno.

—Pero demasiado caluroso para andar los viejos.

El maestro miraba a la madre sonriendo.

—¿Y la gente joven no ha asomado por aquí?

—Una vino, pero ya se ha marchado.

—Como es natural, más tarde se verán en un sitio u otro.

—Seguramente; Thore es de opinión que no han de verse en casa antes que los viejos hayan dado el consentimiento.

—Muy puesto en razón.

Al cabo de un rato gritó la madre:

—Creo que llegan.

El maestro fijó la mirada en el fiordo.

—Sí, ellos son.

La madre se retiró de la ventana, y el maestro, después de haber descansado y de beber algo bajó y fue al encuentro del bote, lo mismo que la madre. El bote se acercaba velozmente, ya que remaban padre e hijo. Se habían quitado las chaquetas; saltaba la espuma bajo el golpe de los remos, y abordaron muy cerca de donde estaban la madre y el maestro. Oeyvind se volvía, con una ancha mirada a los dos, descansando sobre los remos, gritó:

—¡Buen día, madre, buen día, maestro!

—¡Qué varonil se ha hecho su voz! —dijo la madre con el rostro iluminado—. Pero del mismo color rubio el pelo —añadió.

El maestro amarró el bote en el puente del desembarcadero mientras el padre quitaba los remos. De un brinco saltó Oeyvind a tierra, tendió la mano a la madre y en seguida al maestro, volvió y volvió a reír, y, a estilo de los campesinos, empezó a contar en un torrente de palabras lo de los exámenes, del viaje, del certificado del director y de las buenas ofertas que se le habían presentado. Preguntó del estado de las cosechas y se enteró de las circunstancias de amigos y conocidos, con excepción de una determinada persona. El

padre iba a descargar del bote el equipaje, pero, deseoso de oír, dijo que de momento podía dejarse allí. Y siguieron juntos el camino hacia la casa, mientras Oeyvind reía y narraba, reía la madre con él, pues no sabía qué decir, y el maestro, con sus ojos de hombre reflexivo, miraba a Oeyvind; el padre, poseído de un cierto respeto, andaba detrás de todos. Así llegaron a la casa. A Oeyvind todo lo que veía le era motivo de alegría, lo mismo el nuevo revocado de la casa, que la ampliación del molino, que los vidrios blancos en lugar de los verdes en las ventanas, ahora más grandes, y suprimidos los antiguos rebordes de plomo. Al entrar en la casa todo le pareció haber empequeñecido, al compararlo con la imagen que él llevaba, pero todo tan acogedor, tan agradable. El reloj de pared parecía cacarear como gallina bien cebada, el labrado de las sillas se destacaba, y diríase que todo tomaba parte en la conversación; reconocía cada taza de las que estaban puestas sobre la mesa, el hogar le sonreía encalado de nuevo, como si le diera la bienvenida. Las ramas recién cortadas exhalaban su aroma en guirnaldas sobre las paredes, y el suelo estaba sembrado de briznas de enebro, completando el efecto festivo que respiraba todo. Sentáronse para la comida, pero no se comió mucho, y Oeyvind hizo el gasto de la conversación. Mirábanle todos satisfechos, le descubrían parecidos o diferencias, notaban las innovaciones en su porte, el traje de paño azul. En una corta pausa que siguió a la historia que contó Oeyvind de uno de sus camaradas, habló el padre:

—Casi no puedo seguir lo que dices: ¡hablas tan aprisa!

De buena gana se echaron a reír, y no fue Oeyvind quien menos reía; daba la razón a su padre, pero no hubiera podido hablar más pausado. Todo lo nuevo que había visto y aprendido en su primer vuelo hacia el mundo impresionó de tal modo su imaginación y su receptividad, le sustrajo de tal modo a sus viejas disposiciones, que las fuerzas antes soñolientas se alborotaban, y su cerebro estaba en actividad constante. Notaron asimismo que a veces, en medio del raudal de ideas y de palabras era como si tropezara consigo mismo. Esto les hacía un efecto cómico, pero él mismo lo tomaba a risa, y lo echaron en olvido. El padre y el maestro observaban si acaso había perdido algo de su interior circunspección y presencia de ánimo, pero no parecía ser así. Estaba en todo, se acordaba de todo, y quiso proceder a sacar del bote su equipaje; lo abrió, expuso sus libros, su reloj, todo nuevo y bien cuidado, como observó la madre. En su cuartito se sentía extraordinariamente feliz. Dijo que se prometía estar muchos ratos en casa y ayudar en la siega del heno, y dedicarse a sus lecturas. No sabía a punto fijo en qué se ocuparía luego, pero le era del todo indiferente; disponía de una prontitud y de una solidez de juicio que se comunicaban, y de una gran vivacidad en la expresión de los sentimientos que a todos entonaba. El maestro se rejuvenecía de diez años.

—¡Quién hubiera dicho que llegaríamos tan adelante! —decía al levantarse para ir a su casa, radiante de felicidad.

Cuando la madre, después de acompañarle hasta la salida como de costumbre, volvió al interior, pidió a Oeyvind que la acompañara a su habitación.

—Te espera alguien a las nueve —murmuró.

—¿Dónde?

—Arriba, en la colina.

Oeyvind consultaba el reloj, y antes de la hora no podía aguantar ya en el cuarto. Empezó la cuesta, permaneció parado en la cima y miró alrededor. La casa se veía al pie del monte, las matas que le ceñían, lo mismo que el bosque joven, se veían más altos; conocía árbol por árbol. Oteó el camino que rodeaba el monte y llegaba a la entrada del bosque, un camino adusto, descolorido; pero lucía el bosque de los diversos tonos

vegetales; altos, esbeltos, se erguían los troncos; un barco con las velas lacias se recortaba en la pequeña bahía cargado de tablas de madera, esperando el viento propicio. Dirigió su mirada al agua, la que le había llevado y hoy le devolvía al hogar; quieta y transparente, unas aves marinas volaban por encima de ella, pero sin voz, pues el día declinaba. El padre salía del molino y se quedó un rato parado en la escalera exterior; como el hijo, miró hacia el agua y bajó hasta la rompiente para llevar a tierra el bote antes de que oscureciese del todo. La madre salió de la cocina, que tenía acceso por la parte frontera del edificio, y mientras entraba en el gallinero el grano para las aves miró hacia arriba de la colina, miró al firmamento, y tarareó unas notas. Oeyvind se había sentado en una orilla, pero tan ásperas eran las matas que no podía ver a través de ellas; estaba atento al menor ruido. El vuelo de algún pájaro estuvo a punto de engañarle; saltó una ardilla de un árbol a otro. De pronto le llamó la atención un roce que se oía no muy lejos; luego el silencio, y luego el mismo ruido; se levantó, oía los latidos de su corazón, y la sangre se le agolpaba en la cabeza. Moviéronse los arbustos más cercanos y apareció un gran perro, que se quedó parado, sosteniéndose sobre tres patas, mirándole. Era el perro de los Brezales de Arriba. Detrás de él vuelve a agitarse el arbusto, el perro mueve la cabeza y agita el rabo. Y llega Marit.

Se le había enredado la falda en la maleza y se ladeó para arreglarla. Llevaba la cabeza destocada, con el pelo peinado alto, como suelen las jóvenes noruegas en los días laborables; el corpiño era de un paño recio y sin mangas, y rodeaba su garganta un pañuelo doblado de lienzo. Venía, sin tiempo de ponerse otras ropas, con las mismas de la labor. Le miraba con la cabeza un poco ladeada, y sonreía, de un blanco deslumbrante los dientes pequeños, y llenos de luz los ojos, entre los párpados medio cerrados. Un poco aturdida en los primeros momentos, pellizcaba la falda, pero pronto se adelantó, a cada paso más sonrojada. Él dio unos pasos y le cogió la mano, ella miraba al suelo, y así estuvieron un rato frente a frente.

—Gracias por todas tus cartas —fue lo primero que dijo Oeyvind, y al verla algo confusa, que le miraba con la sonrisa en los labios, pensó que era ella la más picara hechicera que pudiera salirle al paso en el misterio de una selva. Estaban presos el uno del otro.

—¡Cómo has crecido! —dijo ella.

Pero otros muchos pensamientos se revolvían en su mente. No se cansaba de mirarle, y su risa se hacía cada vez más alegre, y él reía también; pero no se decían una palabra. El perro se había echado al borde de la roca mirando hacia la casa. Abajo, al borde del agua, Thore se había fijado en la cabeza del perro sin llegar a descifrar lo que en aquella cumbre parecía.

Pero a la pareja se les soltó pronto la lengua, y empezaron a hablar largo y tendido. A él, a medida que iban entrando en calor, le acudían tan prontas las palabras que ella no podía aguantar la risa.

—Mira, así me sucede cuando estoy alegre, muy alegre; cuando se aclaró la situación entre tú y yo fue como si saltaran unos cerrojos dentro de mí.

Ella no pudo menos de reír nuevamente.

—Todas las cartas que de ti he recibido —dijo— podría repetirlas de memoria.

—Y yo las tuyas. ¡Pero escribías tan breve!

—Y tú te escurrías cuando te pedía que me detallaras cierto asunto.

—No me mires tan fijo —decía el hada de la selva.

—Pero, se me ha ocurrido pensar que no me has escrito todavía cómo fue el rompimiento con Jon Hatlen.

- ¿Yo? Lo tomé a risa.  
—¿Cómo?  
—Me reí. ¿No sabes lo que significa reír?  
—Mira, yo sé reír también.  
—Veamos.  
—¿Qué te figuras? He de tener motivos de risa.  
—A mí no me es preciso cuando me siento alegre.  
—¿Estás alegre ahora, Marit?  
—¿Por ventura río?  
—Sí, ríes.

Tomó sus dos manos y dio palma contra palma, mientras la miraba con ternura. De pronto el perro empezó a gruñir, luego se le erizó el pelo, y empezó a ladrar mirando hacia abajo, cada vez más fiero. Marit dio un salto atrás, pero Oeyvind se acercó al despeñadero. El perro ladraba a su padre, quien, con las manos en los bolsillos miraba desde abajo hacia donde estaba el perro.

- ¡Tú por ahí! ¿Qué condenado perro es ése? —preguntó el padre de Oeyvind.  
—Es de los Brezales de Arriba —respondió Oeyvind, algo perplejo.  
—¿Y cómo diablos está ahí?

La madre, que había oído también el alboroto, miró por la ventana de la cocina, vio en seguida el caso, y dijo:

- El perro ronda por ahí todos los días; no hay nada de particular.  
—Pero es un perro de malas pulgas.  
—Se calma en cuanto le acarician —observó Oeyvind atusándole el pelo.

Calló el perro, no sin que refunfuñara un poco todavía, y el padre se metió buenamente en casa, y la parejita fue dejada en paz.

—Esta vez no ha ido mal —dijo Marit cuando volvieron a encontrarse al lado uno del otro.

- ¿Temes que pueda ir mal?  
—Yo sé de uno al menos que no nos quitará de encima la vista.  
—¿Hablas de tu abuelo?  
—De él mismo.  
—¿Qué va a hacernos?  
—Separar nuestros corazones no podrá.  
—¿Haces voto de ello?  
—Sí lo hago, Oeyvind.  
—¡Qué hermosa eres, Marit!  
—Así hablaba la zorra al cuervo para hacerle soltar el queso de la boca.  
—Está convencida de que yo también ambiciono ese queso.  
—No lo tendrás.  
—Pues me lo tomaré.

Ella ladeó un poco la cabeza, y él no la besó, a pesar del deseo.

- Ahora he de decirte algo, Oeyvind. —Y le miraba en la misma actitud.  
—Di.  
—Me pareces otro.  
—¿No será, pues, el queso para mí?  
—No, no quiero. —Y apartó más la cabeza—. He de irme, Oeyvind.  
—Te acompaño.

—Pero no hasta la salida del bosque, donde mi abuelo podría verte.

—Entendido que no. ¡Pero, niña querida, no corras de ese modo!

—Aquí no podemos andar tan cerca el uno al otro.

—¿Y a eso le llamas acompañar?

—Entonces, alcánzame.

Y echó a correr, y él detrás de ella hasta alcanzarla.

—¿Te habré cogido para siempre, Marit?

La cogió por el talle.

—Así lo creo —dijo ella a media voz, y empezó a reír, pero inmediatamente le subió el sonrojo a la cara y se puso seria.

«Ea, ha de ser ahora», pensó el muchacho, intentando besarla.

Pero ella hurtó la cara debajo del brazo del muchacho y escapó de nuevo riendo. Al llegar a los últimos árboles se paró.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó en tono discreto.

—Mañana mismo —respondió él en el mismo tono.

—Bien, mañana. ¡Ahora, adiós!

Y escapó.

—¡Marit! —Ella volvió a pararse—. Oye, es coincidencia que la primera vez que nos vimos fuera también en la cima.

—Es verdad —convino ella, y prosiguió su camino.

La vio alejarse, precedida del perro, que iba ladrando. Corría la muchacha detrás de él para imponerle silencio. Oeyvind tomó la gorra, la echó repetidas veces al aire y la cogió de nuevo, y en su camino de vuelta pensaba: «Ahora creo haber empezado a ser realmente feliz». Y se puso a cantar.

## CAPÍTULO X

Una tarde de verano, mientras la madre y una moza hacinaban el heno que el padre y Oeyvind almacenaban, se presentó un muchacho campo a través, descalzo y destocado, con prisas para dar a Oeyvind un papel escrito.

—¡Sabes lo que es correr! —le dijo Oeyvind.

—Como me lo han pagado, me doy maña a cumplir pronto —respondió el chico.

Al preguntarle si había respuesta contestó negativamente, y emprendió la cuesta arriba, pues, según dijo, alguien venía detrás de él. Apresuróse Oeyvind a desplegar el pedazo de papel en varias dobleces y sellado, y leyó:

«Se ha puesto en camino, pero anda despacio. Corre al bosque y escóndete.

*La que tú sabes».*

«No haré yo tal», pensó Oeyvind, y miró provocativamente hacia el monte.

No tardó mucho en aparecer en lo más alto un anciano, que andaba un cierto trecho, descansaba y volvía a andar pocos pasos.

Lo mismo Thore que su mujer abandonaron un momento la labor para mirar al que se acercaba. Thore no tardó en sonreír, y su mujer mudó el color.

—¿Le conoces?

—Ciertamente, no cabe el error.

Padre e hijo prosiguieron en su ocupación, y Oeyvind se lo arregló de modo que no les precisara estar separados ni un momento. Como el viento remolinaba del Oeste veían moverse al viejo en su bajada. Era de aventajada estatura y algo corpulento; como padecía de los pies, ayudábase de un bastón, y ponía trabajosamente un pie delante de otro. Llegó por fin tan cerca que podían distinguir muy bien su figura; hizo alto, se quitó la gorra, y secó el sudor con el pañuelo. Completamente calvo, la cara redonda y arrugada, cejas de matorral, ojillos punzantes, y todos los dientes en la boca todavía; áspera y chillona era su voz, como si saltaran las palabras por entre piedras y maderos, y se complacía en arrastrar un buen rato las erres y en entonar vigorosamente. Tenía fama de haber sido en sus mejores tiempos un hombre animoso, hasta pecar de acalorado; por culpa de las contrariedades se había convertido en un individuo áspero, irascible y receloso.

Thore y Oeyvind tuvieron ocasión de cruzar varias veces la palabra en sus idas y venidas antes que Ole llegara a ellos; entendían ambos que el hombre no se acercaba con muy buenas disposiciones, y la oposición que había entre esto y la lentitud a que el hombre se veía forzado, les resultaba altamente cómica. Veíanse obligados a parecer serios y hablar bajo, pero como la situación se prolongara, acabó por parecerles ridículo. En casos así la palabra más insignificante hace estallar la risa, y más si hay peligro de reír. Cuando estaba a pocos pasos, y así y todo no acababa de llegar nunca, Oeyvind dijo secamente y en voz más bien baja:

—¡Viene cargado el hombre!

Esto bastó a colmar la medida.

—¡Qué poco juicio tienes! —susurró el padre, pero apremiándole la risa.

—¡Ejem! ¡Ejem! —carraspeaba Ole en la falda del monte.

—Prepara la voz —murmuró Thore.

Oeyvind se dejó caer de rodillas, y de cara contra un montón de heno desahogó su risa. El padre disimuló igualmente, inclinándose.

—Vamos a la granja —pretextó, tomando una brazada de heno.

Oeyvind cogió al azar un haz pequeño y se apresuró a seguirle, poseído de una verdadera crisis de hilaridad, pero acabó echándose al suelo. El padre era un hombre generalmente serio, pero una vez algo le había movido a risa empezaba a reír, primero a intervalos, luego más seguido, en una especie de trino, hasta acabar en una gran risa sonora en ondas más y más elevadas. En éstas estaba, mientras el hijo permanecía en el suelo de la era, llenando ambos el espacio con sus risas. Ya tenían a veces de esos días de risa, pero no era aquél el más a propósito. Acabaron no sabiendo qué partido tomar, ya que el viejo debía de estar muy cerca del patio.

—Yo no pienso salirle al encuentro, porque no es a mí la visita —objetó el padre.

—Yo no me hallo tampoco en disposición de recibirle —declaró Oeyvind.

—¡Ejem! ¡Ejem...! —carraspeaba el viejo, llegado a la pradera.

El padre instó al muchacho:

—¡Sal de una vez!

—Tú delante.

—¿Quieres o no andar?

—Enséñame el camino.

Sacudiéronse un poco para estar presentables, y salieron revistiéndose de seriedad. Al llegar a la escalera exterior vieron a Ole parado delante de la puerta de la cocina, como si vacilara. Con la misma mano que empuñaba el bastón se quitó la gorra, y secó el sudor de su cabeza calva con el pañuelo de bolsillo hasta el escaso resto de pelo que le quedaba detrás de las orejas y en el cogote. Oeyvind no se apartaba de las pisadas del padre; éste, para acabar de algún modo, dijo con exagerada seriedad:

—¡Es cosa de ver que personas tan ancianas emprendan una caminata!

Ole se volvió y le miró con perspicacia mientras se calaba la gorra, y por fin dijo:

—Se dan algunos casos.

—Pero estarás cansado. ¿No quieres entrar?

—También puedo descansar aquí; no es largo el asunto.

La madre abrió precavidamente la puerta. El viejo Ole estaba plantado entre ésta y Thore, con la visera casi sobre los ojos, pues la gorra le venía muy ancha. Para ver bien tenía que levantar exageradamente la cabeza; con la mano derecha cogía el bastón y con la otra se apretaba el costado, cuando no gesticulaba. En realidad toda la gesticulación consistía en adelantar a medias la mano, manteniéndola así, como guardiana de su dignidad.

—¿Este hombre que veo detrás de ti es tu hijo? —empezó con su voz cascada.

—Así dicen.

—¿No se llama Oeyvind?

—Éste es su nombre.

—¿No ha estudiado en una de las escuelas de Agricultura, en el Sur?

—Te han enterado bien.

—La chica, la hija de mi hija, Marit en fin, hace algún tiempo que anda como loca.

—¡Es muy de lamentar!

—No quiere casarse.

—¡Quién lo creyera!

—Desdeña los partidos de hijos de granjeros que la han requerido.

—¡Quién lo hubiera pensado!

—Y tiene la culpa ése, tu hijo, Oeyvind.

—¡Ya es él buen demonio!

—Mira, yo no aguanto que nadie se ampare de mis caballos cuando los mando al pasto, y no toleraré tampoco que alguien pretenda quitarme mi niña cuando le permito ir al baile; nunca lo toleraré.

—Naturalmente.

—No puedo seguirla continuamente; soy viejo, no puedo estar vigilando a todas horas.

—¡Así lo creo! ¡Así lo creo!

—Mira, yo entiendo que todo requiere su método; éste es el sitio del cepo, y aquél el del hacha, y el del cuchillo, y este sitio es para aserrar, y aquél para otra labor. Del mismo modo cuando digo a Marit: No éste sino aquél, ha de ser aquél y no otro.

—Naturalmente.

—Pues no es así; de tres años acá dice que no, y no ha habido paz entre nosotros durante estos tres años. Esto es malo, y como es él quien tiene la culpa, en presencia tuya, la del padre, vengo a decirle que esto no puede serle de provecho, y que ha de poner fin a la historia.

—¡Bien, bien!

Ole miró un rato a Thore, y dijo luego:

—¿Tan corta es la respuesta?

—No alarga más.

Con todo y no estar de humor, Oeyvind se echó a reír. Pero en los hombres de temple jovial el miedo suele lindar con la risa, que esta vez pudo más.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ole secamente.

—¿Va por mí la pregunta?

—¿Te ríes de mí, acaso?

—¡Dios me libre!

Pero con la misma respuesta se renovaron las ganas de reír. A Ole no le pasó inadvertido, y se enfureció. Lo mismo Thore que Oeyvind se esmeraron en enmendarlo fingiendo gravedad y ofreciéndole de nuevo que entrara en la casa; pero el rencor guardado durante tres años, buscaba un desahogo y no se dejaba entretener.

—No intentes engañarme con buenas palabras —empezó—. Estoy en mi derecho al velar por la dicha de mi nieta como Dios me da a entender, y no me hará volver atrás la risa de un barbilampiño. No educamos a nuestras niñas para echarlas en la primera granja que les abra las puertas, y no se echan cuentas durante cuarenta años para dejarlo todo en brazos del primero a quien se le ocurra trastornar a la muchacha. Mi hija se guardó, hizo oposición y acabó casándose con un vagabundo. El vicio de la bebida acabó con ambos, y yo tuve que amparar a la niña y pagar la cuenta; pero el diablo me lleve si hubiera de repetirse algo semejante en la hija de mi hija. Ya lo sabes, pues. Como Ole Nordistuen de los Brezales que me llaman, te aseguro que antes echará el párroco la bendición a los duendes y los gnomos del bosque de Hordal que echaros las amonestaciones desde el púlpito a tí y a Marit. ¿Te has propuesto tal vez esquivar de mi hacienda los candidatos que a mí me convienen? Prueba de subir y verás en cuán poco rato llegas al pie del monte con las suelas echando humo. ¡Con tus muecas...! ¿No sabré yo lo que tramáis tú y la moza? Os decís que el viejo Ole Nordistuen estará pronto con la nariz hacia arriba en el cementerio, y vosotros os acercaréis entonces al altar. Sesenta y seis años dejo detrás de mí, pero quiero que te convenzas, muchacho, de que he de aguantar hasta veros a entrambos enfermos de ictericia. Por mí puedes rondar día y noche mi casa detrás de ella, que no verás ni las huellas de sus

pies, porque he de mandarla fuera del distrito, he de mandarla donde la tenga segura, mientras tú vagues por ahí, como una urraca, y te cases con la lluvia y el cierzo. No tengo nada más que decirte; tu padre conoce mis puntos de vista, y si desea tu bien procurará dar otro giro a tu afición; no hay sitio para ella en mi hacienda.

Y con estas palabras se alejó a pasos cortos pero rápidos, levantando un poco más el pie derecho que el izquierdo, y gruñendo no sé qué.

Una profunda gravedad se había apoderado de Oeyvind y de su padre. Un presentimiento fatídico parecía ir mezclado con las bromas y las risas anteriores, y durante un rato pareció que pesaba un sortilegio sobre la casa. La madre, que lo había oído todo desde el umbral de la cocina, miraba a Oeyvind apenada, pero guardando silencio a fin de no aumentar su aflicción. Al hallarse reunidos en el interior, Thore se sentó a un lado de la ventana, y siguió desde allí los pasos de Ole con el semblante sombrío. Oeyvind estaba pendiente de cada uno de sus movimientos; de sus primeras palabras dependía la suerte futura de la pareja. Si Thore oponía sus miras a la negativa de Ole con el mismo tesón, la causa podía darse por perdida. Los pensamientos de Oeyvind iban despavoridos de uno a otro obstáculo; por un momento sólo vio delante de sí pobreza, oposición, incomprensión y amor propio herido. Aumentaba su intranquilidad al ver que la madre andaba indecisa entre la sala y la cocina, temerosa de perder el ánimo al oír el fallo que estaba a punto de dictarse. Oeyvind miraba a su padre, el cual hacía como si de nada se diera cuenta; el hijo no se atrevía a tomar la iniciativa, haciéndose cargo de que era preciso algún tiempo para ordenar sus ideas. Por fin logró esquivar los pensamientos angustiosos y ser dueño de sí mismo. Nadie más que Dios logrará separarnos, se decía, cuando notó que su padre arrugaba la frente. Era el momento decisivo.

Thore había tomado aliento en una honda aspiración; se levantó, elevó la mirada, y la puso en los ojos de Oeyvind. Se paró delante de éste, y le miró largamente.

—Sería mi deseo —empezó— que renunciaras a ella, porque ni rogar por más tiempo ni ponerse amenazador nos sacarían de apuro. Dado el caso que no pudieras renunciar, me lo dices oportunamente, y tal vez consiga ayudarte.

Con estas palabras se dispuso a volver al trabajo, y el hijo le siguió.

Aquella misma noche Oeyvind había sacado en claro su plan; solicitaría la plaza de agrónomo del distrito, pidiendo al director y al maestro que le prestaran apoyo.

«Si ella se muestra perseverante, yo me siento capaz de ganarla, si Dios me ayuda, con mi trabajo».

Tal era su pensamiento.

En vano esperó a Marit aquella noche; pero mientras medía con los pasos el monte, entonó con profunda emoción su canción preferida:

*Levanta la cabeza  
y sé valiente. Muere una esperanza  
pero el cielo te alcanza  
una esperanza más. ¡La vida empieza!  
Levanta la cabeza,  
porque te llama Aquél que te ha salvado  
y que de todo lado  
te guarda y te defiende.  
¡Levanta la cabeza!  
Es en tu mismo pecho que se enciende  
un cielo de alegría*

*que hacia el Señor eleva su armonía.  
Levanta la cabeza  
y aleja el ansia. Se abrirán las flores  
del hervir de tu pecho, y como en mayo  
las savias subirán, al claro rayo  
de la fe que las vidas endereza,  
y cura de miserias y dolores.  
¡Levanta la cabeza!*

## CAPÍTULO XI

Había llegado el mediodía y los hombres dormían la siesta al abrigo de las mantas, extendíanse por el prado los haces de heno y se veían clavados en tierra los rastrillos. Junto a la puerta del granero esperaban los carros cargados de heno, yacían en medio de ellos los aperos propios de la labor, y un poco más lejos veíanse los caballos, los únicos seres vivientes, descontando alguna gallina, que se arriesgaba a cruzar los campos. Arriba, en el muro de roca que hacía de respaldar a la granja se abría una hendidura, a través de la cual se llegaba a los extensos campos de espesa hierba de los Brezales.

Arriba, en aquella hendidura, se veía un día a un hombre que oteaba la llanura, como si de allá debiera acercarse alguien por quien se interesaba. Detrás de él se extendía un pequeño lago de montaña, del cual salía el arroyo que había formado aquella hendidura.

Llegaban del monte a los oídos del que esperaba alegres voces y ladridos, bajaban de los rellanos los sonos de las esquilas de las vacas, y las zagalas corrían para llegar a las orillas del lago, compitiendo ellas y los perros para mantener a raya las bestias, pero en vano. Llegaban las vacas, dando los brincos más inverosímiles, y allí se quedaban paradas; a cada movimiento de la testuz levantábase por encima del lago la música de las esquilas. Los perros bebían un poco, pero no se movían de la orilla, y las vaqueras se sentaban sobre los repechos calientes y lisos del monte. Una vez acomodadas sacaban del zurrón las provisiones que se repartían entre ellas, y hacían cada una el elogio de sus perros, de sus bueyes y de sus familiares, desnudábanse luego y saltaban el agua para estar al lado de las vacas. Los perros preferían al agua las riberas propicias al descanso, al cual se entregaban, caída la cabeza, después de refrescarse las fauces con el agua del lago. No animaba las peñas ni un solo pájaro, ni se oía más que la cháchara de las zagalas y el tintinear de las esquilas; ardiente, tostada, se veía la maleza que alrededor crecía, y el sol calentaba las márgenes y parecía como si todo echara de menos el refrigerio.

El hombre que esperaba en aquella cima bajo el sol del mediodía era Oeyvind. En mangas de camisa, sentado junto al arroyo arrullador que fluía del lago, no veía dibujarse todavía figura humana ninguna en la hondonada del término de los Brezales. Empezaba a inquietarse cuando un perrazo se precipitó torpemente de una de las puertas de Nordistuen, y detrás de él salió una joven en ligera ropa de verano; se acercaba a través de la pradera. Oeyvind estuvo tentado a dar un grito de júbilo, pero no se atrevió. Atento a la casual salida de alguien que pudiera vigilar a la muchacha, fijaba la vista en la granja; pero la muchacha había desaparecido ya detrás de la maleza; y Oeyvind, impaciente, se levantaba de un salto, se sentaba y volvía a levantarse.

Subiendo trabajosamente a lo largo del arroyo se acercaba por fin el perro, precediendo a la joven; se paraba y volvía a andar como buscando un rastro. La muchacha llegaba cansada por entre las matas. Oeyvind se adelantó. Gruñía el perro, y Marit le impuso silencio. No bien vio que Oeyvind se acercaba, rendida de calor, sofocada, se sentó en un saliente de roca. Él saltó a su lado.

—Te agradezco que hayas venido.

—¡Qué calor y qué camino! ¿Hace rato que esperas?

—No. Desde que nos vigilan por la noche sólo nos queda el mediodía. Pero confío que en lo sucesivo no tendremos que ampararnos en la oscuridad ni pasar tantas molestias; precisamente a este propósito me interesaba hablarte.

—¿Dices que no tendremos que buscar la oscuridad?

—Ya sé que se aviene contigo todo lo oscuro y secreto, pero tienes también el ánimo que va bien con la luz del día. Hoy me he propuesto hablar largo contigo, y has de escucharme.

—¿Es cierto que te propones entrar de agrónomo del distrito?

—Sí, y seguramente lo alcanzaré. Así reuniré en uno dos objetivos; el más inmediato, una colocación estable, y luego, que esto es lo importante, ocuparme en algo que tu abuelo pueda ver y juzgar. Cae muy bien que la mayor parte de los propietarios sean gente joven, deseosos de mejoramiento, y estén faltos de un guía. El dinero no les falta. Así se empezará; me propongo mejorarlo todo, empezando por los establos y acabando por la canalización del agua. Daré conferencias, y trabajaré de firme. Sitaré al viejo, por decirlo así, con buenas acciones.

—Esto es hablar briosamente, Oeyvind; pero ¿qué más?

—Lo restante sólo a nosotros importa. Tú no saldrás de aquí, Marit.

—Pero ¿y si el abuelo lo ordena?

—Y no has de ocultar nada tampoco.

—Pero ¿si el abuelo me sujeta...?

—Obtendremos más con la franqueza, y tendremos mejor defensa. No esconderemos la cara, y la gente acabará hablando continuamente de lo mucho que nos queremos, y ellos mismos desearán que nos vaya bien. Tú no saldrás de aquí. Esta separación nos expondría a que se hicieran toda clase de comentarios. Cada uno acabaría por creer las falsedades que del otro se dijeran. Nos veremos semanalmente una vez y nos reiremos de todo el mal que porfíe por meterse entre tú y yo; podemos vernos en el baile, y mientras nos balanceamos al ritmo de la música, que diga la gente. En el atrio de la iglesia, si quieres, podemos vernos y saludarnos, de modo que lo vean todos los que nos desean a cien millas uno de otro. Si alguien sale con una copla maliciosa a nuestro propósito, de acuerdo tú y yo intentaremos componer una réplica adecuada; si nos ayudamos llegaremos a nuestro fin. No podrán nada contra nosotros si estamos unidos, y así lo demostraremos delante de la gente. Los amores desgraciados, dejémoslos para los miedosos, los débiles y los enfermizos, o para los calculadores que van a la caza de una oportunidad, o para los astutos, que acaban siendo víctimas de su propia astucia, o para los que no se aman con la fuerza que hace olvidar la posición y las diferencias; éstos se ocultan, mandan cartas, tiemblan a la menor palabra y acaban por creer que es amor este miedo, esta inquietud constante, el cosquilleo en la sangre, y se sienten felices, a punto de disolverse como un suspiro. ¡No queremos eso! Si de veras se amasen no temerían; acompañados de la sonrisa y las palabras amables de todos se acercarían al umbral de la iglesia. Lo he leído en algunos libros, y lo he visto yo mismo: miserable amor es aquel que busca los caminos escondidos. Algo ha de tener de guardado al principio, pues que empieza con un cierto rubor, pero ha de vivir libre, abiertamente, ya que el gozo es su elemento. Con el amor sucede como con la vegetación: lo que ha de crecer no se puede ocultar, y siempre habrás visto que las hojas nuevas suponen la caída de las hojas secas que se desprenden a un tiempo del árbol. Quien arde en amor no hace caso de las hojas secas; circulan las savias, y esto no puede pasar inadvertido. ¡Albricias, muchacha! Ya se alegrarán cuando nos vean alegres; dos que se han dado palabra y lo soportan todo con firmeza hacen un bien a la gente, les ofrecen un poema que los hijos, para vergüenza de padres incrédulos, aprenderán de memoria. He leído de muchos que se han amado así, y en nuestra misma feligresía viven algunos en boca de la gente, y los mismos hijos de aquéllos de los que tal se cuenta se convierten en narradores y se

emocionan al narrarlo. Sí, Marit, vamos a estrecharnos la mano haciendo voto de perseverancia, y ¡hurra! Todo irá bien.

Quiso abrazarla, pero ella se inclinó a un lado y se dejó resbalar de la piedra en que estaba sentada.

Oeyvind no se había movido del sitio, y ella se le acercó. Apoyados los brazos sobre las rodillas del muchacho, le dijo mirándole a los ojos:

—Pero, oye, Oeyvind, ¿qué va a suceder si él sigue en sus trece de que he de salir de aquí?

—Pues le dices sin rodeos que no quieres.

—Querido, ¿sabes lo que estás diciendo?

—No va a meterte por fuerza en el coche.

—Aunque no, puede obligarme por otros medios.

—No lo creo; le debes obediencia mientras no quiera obligarte a nada malo; pero también tú puedes darle a entender lo difícil que te es obedecerle en esta circunstancia. Opino que esto le hará volver atrás; se le figura, como a tantos, que se trata de una niñería. Demuéstrale que es algo más.

—Créeme, con él no es tan fácil entenderse. Me vigila como a una cabra que temiera perder, atada al borde del pasto.

—De todos modos, tú rompes la cuerda cada día.

—No es verdad.

—Sí lo es, porque la rompes cada vez que en la intimidad piensas en mí.

—Entendido; pero ¿estás seguro de que piense en ti tan a menudo?

—Si así no fuera no estarías aquí.

—¡Querido, eres tú quién me ha invitado a venir!

—Algo tuyo te impulsó a venir.

—¡El tiempo estaba tan hermoso!

—Hace poco te quejabas de calor excesivo.

—Para subir la cuesta sí, no para desandarla.

—¿Por qué subiste, pues?

—Para darme el gusto de bajar.

—¿Cómo es que todavía estás aquí?

—Necesitaba descansar.

—¿Para hablar de amor conmigo?

—No perdía nada en cederte el placer de escucharte. Mientras, un pájaro cantaba sus trinos de alegría, y el otro se quejaba, y la esquila tañía al viento en el pinar...

La pareja se dio cuenta en este momento de que allá, en el cortijo, el abuelo de Marit, con su paso tardo, salía al corral, y tocaba la campana para llamar a la gente al trabajo. De graneros, cobertizos y cabañas salió el personal y se dirigió soñoliento donde estaban los caballos, a tomar los rastrillos, y esparcidos todos por el campo, al cabo de poco la vida y el movimiento volvieron a reinar en todo el paisaje. El abuelo iba de una dependencia a otra, inspeccionaba los altos montes de heno, y estaba en todo lo que se hacía. Un muchacho corrió hacia él; seguramente le había llamado, y en seguida se puso a correr el chico en dirección a la casa de Oeyvind, mientras el abuelo de Marit cojeaba de un lado a otro del corral, no sin mirar de vez en cuando hacia el monte, bien ajeno seguramente al pensamiento de que las motas negras que se divisaban allí arriba fueran Marit y Oeyvind. Pero una vez más el perrazo de Marit iba a turbar la paz. Había visto entrar allí en terreno de los Brezales un caballo forastero, y creyéndose obligado a hacer valer sus derechos el

perro de la casa, empezó a ladrar furiosamente. Procuraron calmarlo, pero estaba tan enfurecido que se resistía a callar. Plantado en el corral, el abuelo levantó la cabeza. Pero la cosa no paró aquí; los perros de las vaqueras, al oír con sorpresa un ladrar desacostumbrado, corrieron al sitio de donde salía, y al ver que se trataba de un perro de estampa imponente, con trazas de lobo, se reunieron los velludos canes para provocarlo. Marit se llevó tal susto que empezó a correr sin más despedida. Oeyvind se metió en medio de aquel alboroto, y repartió porrazos, pero únicamente logró que la lucha mudara de campo con renovados ladridos y aullidos. Persiguió a la jauría y logró acorralarlos hacia el agua, precisamente en el sitio más profundo, y confusos, separados de una vez por este medio, terminó la lucha. Oeyvind atravesó en diagonal el bosque hasta llegar a la entrada de la aldea, mientras que Marit, de cuya presencia el anciano se había dado cuenta por culpa del perro, llegaba al seto que rodeaba el cortijo.

—¿De dónde vienes? —preguntó el abuelo.

—Del bosque.

—¿Y qué te ha llevado allí?

—Cogía unas bayas.

—No es verdad.

—No, no es verdad.

—¿Qué hacías, pues?

—Hablabla con alguien.

—Sería con el hijo de aquel asalariado, ¿verdad?

—Sí.

—Déjame que te diga, Marit, que mañana saldrás de aquí.

—No.

—Una sola cosa he de decirte: que saldrás de aquí.

—No vas a meterme por fuerza en el coche.

—¿Crees que no podría?

—No; sencillamente porque no querrás.

—¿Que no? ¡Bueno! Mira, así como por broma he de decirte que a ese truhán de tu amado le romperé las costillas.

—No osarás hacerlo.

—¿Qué no? ¿Crees que no me atreveré? ¿Quién me lo impide?

—El maestro.

—¿El maestro? ¿Te figuras que se ocupa de él?

—Sí, y es él quien le dio los medios para instruirse en la Escuela de Agricultura.

—¿El maestro?

—El maestro.

—Resumiendo, Marit, no quiero oír hablar más de los paseítos con ese muchacho, y por ti misma has de salir de estos sitios. Sólo penas y cuidados me ocasionas, como tu madre: penas y cuidados. Yo soy viejo y quiero dejarte en buenas manos. Que nunca puedan tacharme de necio. Deseo tu bienestar, como comprenderás, Marit. Mi historia acabará pronto, y quedarás sola. ¿Qué le hubiera pasado a tu madre si no llego a vivir yo? Óyeme, pues, Marit; sé juiciosa, sé dócil y haz lo que te digo; sólo quiero tu bien.

—No, no lo quieres.

—¡Buena es ésa! ¿Qué quiero, si no?

—Imponer tu voluntad es lo que quieres; de la mía prefieres no enterarte.

—¿Acaso tendrías ya una voluntad, chiquilla? ¿Conoces por ventura cuál es tu propio

bien, necia? Los azotes, tan larga como eres, vas a alcanzar de mí. Fíjate bien, Marit, estoy dispuesto a tratar contigo a las buenas, porque en el fondo no es que seas tonta, pero sí mal aconsejada. Haz caso de mí que con los años he adquirido el razonamiento. Hablemos con el corazón en la mano: no me va tan bien como supone la gente; un pobre pájaro que no tiene todavía un nido seguro no puede con lo poco que posee volar ligero de un lado a otro; tu padre dio un buen pellizco al caudal. Cuida cada cual de sí mismo en este mundo que no es merecedor de más. El maestro puede levantar el gallo porque tiene dinero propio. El cura tiene también sus bienes; ellos pueden predicar. Pero nosotros, los que hemos de afanarnos por el pan de cada día, vemos las cosas de otro modo. Soy viejo, sé muchas cosas y he leído mucho. Del amor se puede hablar, pero a nada bueno conduce; pase que me hablen a su modo los sacerdotes y otras personas parecidas, pero nosotros, campesinos, hemos de concebir el asunto de otro modo; lo primero el mantenimiento, ¿entiendes? Y luego la palabra de Dios, y lo que nos baste tocante a leer y escribir, y luego un poco de amor si viene al caso; pero, lléveme el diablo, nada bueno puede resultar de dar el primer sitio al amor, y luego, como añadidura, al pan. ¿Tienes algo que oponer, Marit?

—No sé.

—¿No sabes lo que hace al caso responder?

—Naturalmente. A mis ojos, el primer lugar lo ocupa el amor.

El viejo quedó un rato como aturdido; luego reflexionó sobre los cien diálogos sobre igual tema, y con el mismo resultado volvió la espalda a su nieta, y siguió en las tareas del campo.

Susceptible, regañando con mozos y zagalas, golpeando al gran perro, ahuyentando una gallina que se arriesgó a entrar en el campo, a todos hizo pagar lo que callaba a Marit.

Cuando ésta se retiró a su cuartito para acostarse se sentía tan feliz que se asomó a la ventana abierta, ávidos los ojos, y acabó entonando una canción. Era una canción de amor que había recibido poco tiempo antes:

*Si me quieres, amigo,  
también te querré yo  
mientras aliente.  
¡Cuán pronto se acabó  
lo que trae el verano!  
Pero el alma presiente  
la rica primavera.  
Tendré por siempre más  
como fiel compañera  
la promesa de un día.  
Tú, ruiseñor, dirás  
con tu gorjeo puro:  
Eres la que elegía.  
Al pie del abedul,  
¿oyes mi canto, mozo?  
—Tal dice el ruiseñor—  
Dame de nuevo el gozo  
de ver el cielo azul  
y la falda escarpada.  
Yo no canté de amor  
ni he revelado nada*

*de un beso en aquel día.  
Doncella enamorada,  
el beso es fantasía,  
¡lo forjó tu quimera!  
Cierra la noche austera  
y pronto tu figura  
se borrará en el sueño,  
pero aun en sueños dura  
la voz, que me asegura  
que serás para mí.  
Que se detenga aquí  
tu deseo. Reposa,  
cierra los ojos, alma,  
y baje a ti la calma.*

## CAPÍTULO XII

Han pasado algunos años desde la escena anterior. El verano está avanzando. El maestro acaba de traspasar el umbral de Nordistuen; no encuentra a su paso ninguno de los moradores, abre una segunda puerta, y no para hasta llegar a la habitación más interior de la larga construcción, donde encuentra a Ole Nordistuen solo junto a su cama, mirándose las manos. Salúdale el maestro, y Ole le da la bienvenida. Toma el maestro un taburete y se sienta delante del anciano.

—Has solicitado mi visita —empieza.

—Precisamente —le responde Ole.

El maestro pone un pierna encima de la otra, pasea los ojos por la habitación y toma un libro que está sobre el escaño. Y lo hojea.

—¿Qué quieres, pues, de mí?

—Justamente, lo estoy pensando.

No se muestra impaciente el maestro, saca lentamente del bolsillo las gafas para leer el título del libro, frota los cristales, y se las pone.

—Empiezas a envejecer, Ole.

—Sí, y precisamente por eso quiero hablar contigo. Voy cuesta abajo, y pronto cerraré los ojos para siempre.

—Entonces, Ole, has de procurar que el sueño sea en paz.

Con estas palabras cierra el libro, y mira la ventana.

—Es un buen libro el que tengo en las manos.

—No es malo.

—¿Has pasado mucho más allá del título, Ole?

—Lo que es en estos últimos tiempos...

Deja a un lado el libro el maestro y vuelve a meterse las gafas en el bolsillo.

—¿No te salen las cosas como querrías, Ole?

—Desde que tengo recuerdo, jamás he gozado de esta dicha.

—Lo mismo me ha pasado a mí de mucho tiempo acá. Había tenido diferencias con un amigo, y en espera de que se acercara a mí me sentía desdichado. Acabé decidiéndome a ir yo, y desde entonces vivo mejor.

Ole ha levantado los ojos, pero no dice una palabra.

—¿Cómo te va con tu cortijo?

—Hacia atrás, tan mal como a mí mismo.

—¿Quién se hará cargo de él una vez hayas dejado este mundo?

—No sé, y he aquí el objeto de mi angustia.

—A tu vecino ahora le va bien, Ole.

—No me extraña. Tienen..., tienen un agrónomo en casa.

—Tú, Ole, podrías tener la misma ayuda —replica el maestro, mientras se vuelve hacia la ventana con indiferencia.

—Pero no hay quien esté dispuesto a ayudarme.

—¿Lo has solicitado?

Ole no responde.

—Antaño —prosigue el maestro— yo me encontré en igual situación con Dios: «No me tienes de la mano», le decía. «¿Me has implorado ya?», preguntó Él. No, no lo había hecho.

Y recé, y desde entonces me ha ido muy bien.

Ole se reserva, y el maestro no dice tampoco nada más.

Por fin, Ole expone:

—Tengo una nieta; ella sabe muy bien cómo me haría feliz antes que yo emprenda el camino de todos los que somos de carne, pero no lo pone en práctica.

El maestro contesta sonriendo:

—Tal vez tu felicidad y la suya no van por el mismo camino.

Ole enmudece.

Al cabo de un rato el maestro volvió a la suya:

—Tienes tus penas y, a mi entender, todo da vueltas alrededor de tu hacienda.

Ole responde con voz desmayada:

—Hace siglos que está en manos de los de mi sangre, y tiene buena tierra. Está empapada de sudor de mis progenitores; pero ahora ya no le aprovecha. Tampoco sé quién ocupará mi sitio cuando a mí me lleven. De la familia no será.

—Pero tu nieta perpetuará en ella el nombre de los tuyos.

—¿Qué sé yo cómo administrará aquel que la tome por esposa? Esto quisiera saber antes de que me echen tierra encima. Lleva prisa, Baard, tanto por lo que a mí se refiere como a la granja.

Esta vez fue más largo el silencio, que rompió el maestro:

—El tiempo convida. ¿Si saliéramos un rato y diéramos un vistazo a la hacienda?

—Muy a propósito; tengo arriba en el monte unos trabajadores que están cortando ramas, pero si no estoy delante se retardan. —Mientras iba cojeando en busca de la ancha gorra y del bastón, dice el viejo—: No trabajan de buena gana en lo mío, y no entiendo por qué. —Al doblar la esquina posterior de la casa, añadió—: ¡Ya lo ves! Orden ninguno, la leña echada de cualquier modo, el hacha fuera de su sitio. —Se agachó con dificultad, la levantó del suelo, y la clavó de un golpe firme en el cepo—. Y lo que cae al suelo, lo dejan donde cae. —Y se agachó de nuevo para recoger un pellejo—. ¿Y aquí, en el almacén, se ha cuidado alguien de quitar la escalera? —Y acompañó la palabra con la acción. Descansó luego un rato, miró al maestro, y concluyó—: Y siempre es así, mañana como hoy.

Al emprender la cuesta oyeron una canción alegre que llegaba de un rellano del monte.

—Oye, alguien que se anima al trabajo cantando —dijo el maestro.

—Será el pequeño Knud Oestistuen, que corta ramas para su padre. Allí trabajan mis mozos, pero no es fácil que canten.

—No parece una melodía conocida en el distrito.

—Yo al menos no la conocía.

—Oeyvind, allá en Oestistuen ha tenido mucho que hacer, y tal vez sea una de las canciones que se ha traído. Con él no puede faltar el canto.

Esta observación no tuvo respuesta.

El campo que atravesaban no era bueno, por carencia de cultivo. El maestro lo dijo con entera franqueza, y como es natural, Ole se quedó instintivamente parado; casi con emoción confesó:

—Ya no tengo fuerzas bastantes. Si tomas trabajadores forasteros, resultan demasiado caros. Créeme, causa pena recorrer mis campos.

Al tratar de la extensión de la hacienda, y de lo que era indispensable poner en orden, decidieron subir a un sitio donde la vieran panorámicamente. Una vez en aquella altura, extendido a sus pies el territorio, dijo el anciano, conmovido:

—No quisiera dejar la heredad en el estado en que ahora se encuentra. Nosotros, mis

padres como yo, hemos trabajado en ella, pero ya no queda huella de nuestros esfuerzos.

De pronto, casi sobre sus cabezas vibró una canción, con el tono agudo característico de una voz de niño. Se encontraban a no mucha profundidad debajo del árbol, sentado en la copa del cual el pequeño Knud Oestistuen estaba cortando ramas para su padre.

La canción era ésta:

*Sigue la senda escogida  
con tu hayo a la espalda,  
no en demasía lo llenes,  
muy poco te basta.  
Rehúyete aquellas empresas  
que sean sobradas  
con tus canciones alegres  
y ágil esperanza.  
Y las aves en el nido  
saludando al alba  
quitarán al peregrino  
inútiles ansias,  
y volverán en la brisa  
goces de su infancia.  
No conoces todavía  
la espaciosa calma  
que murmura en el arroyo,  
y como palabra,  
de Dios, sólo al que ha pecado  
perturba y azara.  
Corazón, palpita, ruega,  
pensando en tus faltas,  
que si aspiras a la altura  
hallarás la gracia,  
y, en cesando tus latidos,  
del cielo la entrada.*

Ole se había sentado cubriéndose el rostro con las manos.

—Hablemos del asunto aquí mismo —dijo el maestro sentándose a su lado.

Echemos ahora una ojeada al hogar de Oeyvind. Éste acababa de llegar de un largo viaje. El coche de alquiler estaba parado todavía delante de la casa, para dar una tregua al caballo. Por más que Oeyvind disfrutara ahora de un buen sueldo como agrónomo del distrito, continuaba viviendo con sus padres y dormía en el mismo cuartito, y ayudaba en las labores del campo hasta el punto que su cargo le permitía. El cultivo era el más cuidadoso, pero tan pequeño el campo que Oeyvind lo llamaba en broma el juguete de mamá, porque ésta tomaba parte con especial cariño en los trabajos.

Así él como su padre, que llegaba del molino cubierto del polvillo de la harina, se habían cambiado el traje, y se disponían a dar un corto paseo esperando la hora de la cena, cuando la madre, pálida, se precipitó en la habitación.

—Mirad —exclamó—. Se acercan unos forasteros.

Apresuráronse ambos hacia la ventana, y fue Oeyvind el primero que rompió el silencio:

—Es el maestro, y...

—Sí, creo no equivocarme, el viejo Ole Nordistuen viene con él —dijo simultáneamente Thore, apartándose de la ventana para no ser notado, pues los visitantes estaban ya muy cerca.

El maestro, no obstante, había tenido tiempo de hacerle una seña de inteligencia Baard sonreía y miraba al viejo Ole que venía un poco más atrás, apoyado en su bastón, encorvado y a pasos pequeños, levantando una pierna más que la otra. Se distinguió la voz del maestro:

—Según parece ha llegado hace poco.

A lo cual refunfuñó Ole:

—No le irá mal en su continuo viajar.

Largo rato se detuvieron en el soportal. La madre, entretanto, estaba atareada en el ángulo donde guardaba la leche, Oeyvind, como solía de muchacho, apoyaba la espalda en la gran mesa, mientras miraba a la puerta, y el padre estaba sentado cerca de él. Llamaron por fin. El maestro entró el primero, quitándose el sombrero, y Ole se quitó entonces la gorra, y cerró la puerta detrás de sí, muy lento en todos sus movimientos. Se le veía turbado. Thore se levantó y les invitó a descansar; sentáronse ambos en el banco de la ventana, y Thore volvió al sitio que ocupaba antes.

Y ahora oigamos cómo se desarrolló la petición de mano.

El maestro tomó la palabra:

—El otoño ha entrado con buen tiempo.

—Últimamente ha mejorado un poco —replicó Thore.

—El tiempo ha mudado, y es de esperar que se aguantará.

—¿Habéis terminado la recolección allá arriba?

—No todavía. Ole Nordistuen, que viene conmigo, a quien tal vez conoces, desearía tu ayuda, Oeyvind, si nada se opone.

—Desde luego, si se me pide yo haré lo que pueda.

—No es que le corra mucha prisa, pero en su propiedad no todo prospera como sería de desear, y él lo atribuye a la falta de un impulso y de una vigilancia indispensables.

—¡Por desgracia, estoy tan poco aquí!

El maestro da una mirada a Ole; éste, se da cuenta de que es hora de echarse a fondo, carraspea, y luego empieza con su cortedad de expresión:

—Yo pensaba..., pienso, en fin, que nuestras relaciones deberían afirmarse. Que consideraras, ejem, mi casa como tuya... estar siempre allí, a no ser cuando viajas.

—Te lo agradezco, pero no pienso mudar de habitación; gracias de veras.

A una mirada que Ole dirige al maestro, éste toma de nuevo la palabra.

—Me parece que Ole no está hoy muy feliz en expresarse. La razón de esto es que un día estuvo aquí, y el recuerdo de lo que sucedió aquel día le domina.

—Así es —salta Ole—. En aquel entonces estuve como loco. Tan tirante estaba la cuerda que al fin se rompió. Que esto se olvide y sea perdonado. El viento abate las mies, pero no la nieve; un aguacero no descalza una gran roca; en mayo la nieve no se aguanta mucho; no es el trueno lo que se lleva la vida.

Los cuatro oyentes sonríen, y el maestro dice:

—Lo que Ole quiere decir, fíjate bien, Oeyvind, es que no has de pensar más en lo pasado, ni tú tampoco, Thore.

Ole, después de mirarles no sabe si ha de continuar. Y Thore dice:

—La blanca espina, con sus muchos agujijones, no produce heridas. Quiero creer que en mí no queda ya espina alguna.

Alentado por estas palabras Ole suelta prendas:

—No conocía al muchacho en aquel tiempo. Ahora veo que donde él siembra, la semilla prospera. Tal la primavera, tal el tiempo de la recolección; fluye el oro de las puntas de sus dedos; y por esto desearía tenerlo como de mi casa.

Oeyvind mira al padre, éste a la madre, y ella mira de soslayo al maestro, sobre el cual coinciden pronto todas las miradas.

—Ole quiere dar a entender que su cortijo es bueno...

—Bueno, pero mal llevado —interrumpe Ole—. Yo ya no puedo más, soy viejo y las piernas no responden a la voluntad. Pero si alguien interviene en la hacienda con las fuerzas de la juventud, la tierra lo agradecerá, lo recompensará.

—No hay duda de que es la propiedad más grande en todo el distrito —interviene el maestro.

—La más grande, aquí está la desgracia. Calzado que viene ancho, se pierde; por bueno que sea el fusil, ¿qué haremos con él si no logramos levantarlo? —Y volviéndose rápidamente a Oeyvind, prosigue—: ¿Podrías tú encargarte de la propiedad?

—¿Cómo administrador?

—Bien, como quieras llamarlo: sería tuya.

—¿Cómo! ¿Posesión mía?

—Tal como lo digo; claro que serás de una pieza administrador también.

—¿Pero...?

—¿No aceptas?

—¡Toma! Naturalmente que acepto.

—Bien, bien. Ya lo esperaba; entendidos, como decía la gallina volando el agua.

—No del todo —repara Oeyvind.

Ole mira al maestro, perplejo.

—Oeyvind quiere significar con su reserva su interés por saber si también Marit será suya.

—Marit va comprendida en el lote; entra en el conjunto —exclamó Ole decididamente.

Las facciones de Oeyvind se iluminaron, y sonaron las notas de su alegre risa; saltaba de júbilo, y mientras los otros coreaban su risa, se frotaba las manos y repetía:

—¡Marit entra en el lote!

Thore reía con toda su alma, y la madre miraba al hijo desde su rincón, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Al cabo de un rato Ole preguntaba a Oeyvind con expectación:

—¿Qué opinión tienes de la propiedad en cuestión?

—Tierra excelente.

—Excelente es, no hay duda.

—Pastorío inmejorable.

—No tiene igual. ¿Podrás, pues, sacar partido de la heredad?

—Será la mejor granja en el distrito.

—¡La mejor, dices! ¿Lo has dicho de veras?

—Tan cierto como estoy aquí.

—¿No lo decía yo siempre?

Hablaron con afición, acordados como dos ruedas en un coche.

—Pero, dinero... —interpuso Ole—, dinero, ¿entiendes?, no tengo ninguno.

—Sin dinero va más despacio, claro, pero va.

—¡Entendido! Pero tú mismo confiesas que iría más rápido con dinero.

—Mucho más rápido.

—¡Mucho más...! ¡Quién tuviera el dinero...! En fin... Aun sin todos los dientes se puede masticar; no por lo tardíos dejan los bueyes de llevarte adelante.

Míranse de lejos padre y madre, como lo han hecho más o menos disimuladamente durante toda la visita. Se mece el padre en su silla y se restriega los muslos con las palmas de las manos; le mira el maestro disimuladamente, y el hombre abre la boca, tose, y va a hablar. Pero Ole y Oeyvind no cesan en su conversación, en sus risas, en sus voces, de manera que nadie más se hubiera atrevido a hablar.

—Callad un poco —les interrumpe el maestro— que Thore tiene algo que exponer.

Cesan de hablar y miran a Thore, que empieza con voz muy débil:

—De tiempo ha sido de pertenencia de estas tierras un molino; desde hace poco tenemos dos. En el transcurso de los años estos molinos han sido una fuente de ingresos, pero ni mi padre ni yo hemos echado nunca mano a este dinero, si exceptuamos los años de estudio de Oeyvind. El maestro ha administrado aquellos ingresos, y dice que en el fondo ha crecido con la acumulación de intereses; pero lo que ahora importa es que Oeyvind se establezca en Nordistuen.

La madre, en su rincón, como deseosa de empequeñecerse, miraba a Thore con los ojos brillantes; éste, muy serio, parecía alelado; y Ole, sentado frente a él, permanecía boquiabierto. Oeyvind no salió de su asombro sino para exclamar:

—¿No es como si me persiguiera la ventura? —Fue directamente a su padre y le sacudió enérgicamente el hombro—. ¿Cómo? —le decía alegremente—. ¿Tú con dinero, padre?

Y frotándose las manos alegremente permaneció de pie a su lado.

—¿Qué cantidad vendrá a ser? —cuchicheó finalmente Ole al maestro.

—No poco.

—¿Unos cientos de táleros?

—Más todavía.

—¿Más? ¡Oye, Oeyvind, todavía más, ha dicho! ¡Qué cortijo va a ser ése, Dios santo!

Y riendo de gozo brincó de la silla.

—He de acompañarte a Marit —interrumpe Oeyvind—. Vamos a subir en el coche que espera todavía abajo, para ganar tiempo. Llegaremos más pronto. ¡Sí, pronto, volando!

—Pronto, volando, así lo quería yo todo en mi juventud.

—Aquí está la gorra, aquí el bastón. ¡Y ahora te echo!

—Me echas, ha, ha..., pero vienes conmigo, ¿verdad? ¿Verdad que vienes conmigo? Y vosotros todos, vamos; esta noche estaremos reunidos hasta que la llama luzca en la chimenea. ¡Vamos!

Salieron. Oeyvind ayudó a su futuro suegro a subir al coche, que emprendió la cuesta, camino de Nordistuen. Una vez arriba no fue el perro el único que pareció sorprendido al ver que se apeaban del mismo coche Ole Nordistuen y Oeyvind. Mientras Oeyvind ayudaba al anciano, criados y jornaleros les miraban atónitos. Marit se asomó a la planta baja para enterarse de por qué el perro no paraba de ladrar; sofocada, no parecía sino que había echado raíces en el suelo, hasta que reponiéndose, logró emprender la huida hacia su habitación. No tardó en llamarla el viejo Ole con su voz tremebunda, y se vio obligada a comparecer de nuevo.

—Sube y componte, mocita; aquí está el hombre que ha de quedarse con la hacienda.

—Pero ¿es cierto? —exclamaba la joven, como si viviera en otro mundo, en voz alta y con alegre excitación.

—Sí, es cierto —respondió Oeyvind dando palmadas.

Rápida como el viento, Marit volvióse a estas palabras, lanzó lejos de sí lo que tenía en la mano, y emprendió la fuga; pero Oeyvind corrió detrás de ella.

Siguiéronles el maestro, Thore y su esposa; el viejo había encendido una lámpara y mandado poner la mesa; sacaron vino y cerveza, y el mismo Ole se deshacía en los obsequios, levantando en su cojera más que de costumbre todavía el pie derecho.

Antes de poner fin a esta narración he de consignar que Oeyvind y Marit se casaron unas semanas más tarde en la iglesia parroquial. En esta festividad, hallándose enfermo su representante, el maestro dirigió el canto. Le temblaba un poco la voz por los años, pero Oeyvind disfrutaba oyéndole. Y cuando tendiendo la mano a Marit la llevó hasta el pie del altar, el maestro le sonrió desde el coro, con una sonrisa parecida a la de aquella noche de baile en que él se hallaba sumido en la tristeza. Y al pobre maestro se le llenaban ahora de lágrimas los ojos.

Aquellas lágrimas del baile tenían una consecuencia en las de ahora, y entre los dos momentos había todo un caudal de fe y de trabajo.

Aquí acaba la narración del muchacho de buen temple.



BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON (Kvikne, 1832 - París, 1910). Fecundo escritor noruego, dramaturgo y polemista, que escribió piezas realistas y sociales. Descendiente de una antigua familia de campesinos, realizó sus primeros estudios en Molde y leyó ávidamente, fuera de la escuela, las antiguas sagas de los reyes de Noruega, las novelas de Ingemann y Scott y los textos demológicos de Asbjørnsen. Participó como ardiente republicano en los fervores de 1848. Llegado a la universidad, la abandonó muy pronto para dedicarse a la literatura y a la crítica teatral, y se trasladó a Copenhague. Dirigió el teatro de Bergen (1857-59), el de Cristianía (1865-67), y, finalmente, en esta última ciudad, otro propio (1877-82). Realizó largos viajes a Italia, los Estados Unidos, Francia y Alemania.

En sus esfuerzos por restablecer la continuidad histórica entre la libertad antigua y la moderna voluntad de emancipación del secular predominio danés, el romanticismo noruego promovía el estudio y la revalidación del mundo nórdico precristiano: lengua, arte, historia, religión, todo había de quedar reformado según el ejemplo de los antiguos modelos autóctonos, y puesto que los medios rurales mantenían casi intactas las costumbres y la lengua de antaño, en ellos se inspiró singularmente dicho romanticismo.

Sobre este fondo alcanzan significación y relieve los primeros textos de Björnson, desde *Entre batallas* (1857) *Synnöve Solbakken* (1857) y *Halte-Hulda* (1857) hasta *Arne* (1859), *El rey Sverre* (*Kong Sverre*, 1861) y *Sigurd Slembe* (1864), donde la saga da lugar al idilio sentimental y al moralismo al estilo de Schiller.

Siguieron luego, tras las sugestivas enseñanzas de G. Brandes, las obras de tesis, integradas por las cuestiones propias de la vida nórdica contemporánea; son los dramas *Recién casados* (*De nygifte*, 1865), *El periodista* (*Redaktören*, 1874), *Una quiebra* (1857), *Leonarda* (1879), *Un guante* (1883) y *Más allá de las fuerzas humanas* (1883), y las narraciones y novelas *La hija del pescador* (1868), *El capitán Mansana* (*Kaptein Mansana*, 1875) y *Las sendas de Dios* (1889). En *Un guante* sugirió que la exigencia de la virginidad antes del matrimonio debía también comprender al hombre, lo que le acarreó la condena del clero pero asimismo de los partidarios del amor libre.

Lo mejor de la producción de Björnson está integrado no tanto por estos dramas y textos narrativos (a excepción, no obstante, de la primera parte de *Más allá de las fuerzas humanas*) como por las canciones y poesías en ellos insertas (en 1870 fue publicada la colección de éstas titulada *Poesías y cantos*, con música de Kjerulf, Nordraak y Grieg); también destacan en su obra algunos de los relatos menores, exentos de intenciones didácticas y polémicas, y algunas comedias ligeras y agudas (*Amor y geografía*, 1885, *Cuando florece la vid nueva*).

El moderado nacionalismo de Björnson es el hilo que orientó su larga actividad política, ajena (a excepción de un breve paréntesis) a vínculos de partido. Fue periodista de la oposición democrática (*Aftenbladet*, 1859; *Norsk folkeblad*, 1866-71), adversario de la unificación de Noruega y Suecia, partidario de la izquierda radical y tribuno del pueblo. Con equilibrada y vigorosa elocuencia preparó el país para la solución pacífica del conflicto unionista y la independencia política, oficialmente sancionada por el plebiscito de 1905. En 1903 fue galardonado con el premio Nobel de Literatura.